



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Arizaga, L. (1945). *Variaciones determinadas por la edad, el sexo y la educación en la formación espiritual del individuo* [Tesis para optar el grado de Doctor en Filosofía]. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Unidad de Posgrado.

REPOSITORIO DIGITAL DE TESIS DE LA BIBLIOTECA DE LETRAS DE LA UNMSM

Título

Variaciones determinadas por la edad, el sexo y la educación en la formación espiritual del individuo.

Autor

Luis Sobrado Arizaga Tirado.

Año

1945.

Lugar de publicación

Lima.

Tipo de tesis

Doctorado.

Palabras clave

Formación espiritual; Educación; Psicología; Desarrollo humano.

Referencia en APA 7ma edición

Arizaga, L. (1945). *Variaciones determinadas por la edad, el sexo y la educación en la formación espiritual del individuo* [Tesis para optar el grado de Doctor en Filosofía]. Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Unidad de Posgrado.

La presente tesis de Luis Sobrado Arizaga Tirado examina cómo factores como la edad, el sexo y la educación influyen en la formación espiritual del individuo. A través de un enfoque psicológico y filosófico, el autor argumenta que estos factores determinan el desarrollo de la personalidad humana y las reacciones ante el entorno social y ambiental. Se enfoca en la evolución psicológica del ser humano en las diferentes etapas de la vida, desde la infancia hasta la vejez, y cómo cada etapa introduce cambios en la moral y la espiritualidad del individuo. El trabajo también analiza cómo la educación actúa como un factor crucial en la formación del carácter, sugiriendo que tanto el entorno como las experiencias educativas juegan un rol esencial en la manifestación de las potencialidades espirituales y éticas de cada persona.

NO SE PRESTA
A DOMICILIO

TESIS QUE PRESENTA

LUIS GONZALO ARIZOLA TIRADO

PARA OPTAR EL GRADO DE

DOCTOR EN FILOSOFIA

EN LA FACULTAD DE LETRAS Y PEDAGOGIA

DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS DE LIMA



1 4
5

142

SUMARIO

III
I

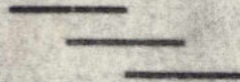
Introducción.

El Carácter a través de las diversas edades del ser humano.

El Sexo y su influencia sobre el Carácter.

Importancia de la Educación en la formación espiritual del individuo.

Conclusiones.



Registrado con el No 76. Sin
abreviacion - Lima, Nobe
5 de 1945

E. Roux Rodríguez



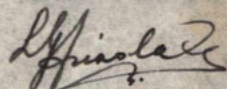
Señor Decano:

Señores Catedráticos:

En cumplimiento de lo dispuesto en el Reglamento de esta Facultad, tengo a bien someter a vuestra digna consideración la presente tesis, titulada "Variaciones determinadas por la edad, el sexo y la educación en la formación espiritual del individuo", a fin de optar el grado de Doctor en Filosofía. Quizás este título no se justifique sino a condición de entenderlo de una manera tan elástica, que le haga perder no poco de su aparente precisión. Pero así, y con todo, este tema tiende a demostrar el papel de innegable valía y por tanto de relevante importancia que juegan los factores indicados, al actualizar potencialidades anímicas que se encuentran en la esencia misma de la individualidad.

En el curso de este trabajo, he tratado de evidenciar el concepto de que es característica primordial de toda estructura vital el reaccionar automáticamente a los cambios de su mundo interno y del medio ambiental que le rodea y que, siendo así, al hombre no podrá analizársele unilateralmente, ni sus reacciones serán susceptibles de comprenderse, si no es tenido en cuenta el marco natural que las encuadra. Por cierto que me he limitado aquí simplemente a exponer el punto en referencia, sin pretensiones de profundizar en una labor intensa de investigación, como sólo podría hacerlo una autoridad en esta materia, sino procurando llevar a cabo, en cuanto me ha sido posible, una obra más o menos completa de divulgación y de síntesis.

Lima, 16 de octubre de 1945.



Comenzaremos por exponer que en nuestra tesis del bachillerato dimos la debida importancia a las investigaciones científicas más recientes, con el fin de apreciar la trascendencia que tiene el estudio del carácter, encaminado a conocer los fenómenos vinculados con el "ethos", así como aquellos que lo modifican o lo pervierten.

Convenimos que las causas que intervienen en su desarrollo formativo eran múltiples, y que en general, el carácter no era producto de una sola sino el resultado de varias concurrentes que actúan conjuntamente y determinan, unas en mayor medida que otras, su formación. Sólo en presencia de un individuo determinado se podría conjeturar cual es el grupo de factores que han ejercido sobre él mayor influencia.

Es por ello que estudiamos el temperamento, por que sin él es imposible formarse una idea exacta de lo que es el carácter. Seguidamente deducimos que las glándulas de secreción interna, sincronizando la actividad funcional de la persona, influyen en forma enérgica sobre el temperamento, el cual surge del conjunto de las correlaciones bioquímicas humorales, de donde se desprenden las conexiones del carácter con la central reguladora del sistema glandular. Por último, como temperamento, constitución y carácter se encuentran relativamente regidos por la herencia y por la evolución del organismo ante las contingencias del medio en que

se desenvuelve, concluimos sosteniendo que el factor hereditario no constituía un elemento caracteroplástico decisivo, toda vez que el carácter humano puede ser sustancialmente modificado en virtud de diversas influencias.

En el presente estudio, complemento del anterior, al mismo tiempo que analizamos las condiciones bio-psíquicas del sujeto, vemos cual es la acción que tienen la edad, el sexo y la educación en su desenvolvimiento espiritual.

La transformación psicológica progresiva desde la etapa netamente infantil hasta la definitiva del adulto, es influida tanto por la inevitable mutación circunstancial del ambiente que sucesivamente va rodeando al sujeto en sus distintas edades como por las transformaciones evolutivas físicas, ligadas principalmente a la aparición, incremento, o desaparición de diferentes funciones endocrinas que determinan variantes notables en el carácter del individuo.

El desarrollo anímico del ser en su evolución vital y psicológica no es el mismo durante todo el curso de su existencia. De allí que el niño, el adolescente, el adulto y el anciano vivan en mundos distintos. Estos grandes estados evolutivos de la personalidad son: la niñez, la adolescencia, la virilidad y la senectud. Al cambiar con la edad el tipo morfológico, la psicología del individuo presenta diferentes aspectos. Por eso hay un psiquismo del infante, del adolescente, del adulto y del anciano. Cada una de estas etapas imprime en nuestra compleción psíquica un distintivo particular.

La vida extrauterina comprende como hemos dicho cuatro grandes fases: la de la niñez, subdividida en primera infancia o edad infantil (desde el nacimiento hasta los 7 años) y segunda infancia (desde los 7 años hasta los 14 o 15); la adolescencia (desde los 14 o 15 hasta los 25); la virilidad (desde los 25 hasta la época en la que el hombre pierde su energía fecundante); y la vejez o edad senil, último estadio de la vida.

Es difícil establecer una duración rigurosa de estos períodos, así como encuadrar exactamente en cada uno sus peculiares características por cuanto varían con la raza, con el sexo, la constitución individual y el medio ambiente que los rodea; de aquí que nos veamos precisados a puntualizar únicamente los caracteres más comunes y frecuentes del individuo normal.

Algo más, el espíritu humano no es un aspecto de finido e inmutable. Cada hombre, cada edad de la vida, cada aspecto de nuestra acción, poseen una modalidad psicológica especial. Siendo así, éstos diversos grados de su desarrollo anímico tienen características particulares. Toda edad desenvuelta normalmente representa en la vida del sujeto un grado de desarrollo concreto y determinado, tanto en lo físico como en lo moral, por el que se adquieren sentimientos, ideas, deseos y tendencias nuevas; surge un mundo intelectual distinto, que trae consigo también nuevas misiones y nuevos deberes que cumplir. El ser humano según la edad concibe la vida a su modo, en cada período de su desarrollo predomina un cierto género de intereses; en cada estadio de su evolución anímica lleva dentro de sí un mundo, en donde en secreto se libran

intensas batallas.

Cada etapa no se diferencia nítidamente de la otra, siempre una conserva algo de la anterior, así el adolescente tiene algo de niño y el hombre maduro algo de aquél. Fröbel considera que las primeras fases del desarrollo permanecen eficaces más tarde y que el hombre hecho, el adulto, mantiene algo del niño; criterio que nos va a servir para distinguir el carácter actual del carácter latente.

Desde tiempos antiguos ya se establecían diferencias según la edad. Débese al filósofo de Estagira ser el primero que describiera las diferentes costumbres de los hombres según las edades, esmerándose en la descripción de las etapas juvenil y senil.

No siempre la evolución de la personalidad individual se realiza en forma favorable, debido al ambiente en que se desarrolla o a la constitución del individuo. En el niño apenas se puede percibir, debido a la uniformidad de su conducta, diferencias caracterológicas, que más tarde, en el adulto, se manifestarán claramente; en la pubertad es cuando comienza a diferenciarse nítidamente. El tránsito de la infancia a la adolescencia se caracteriza desde el punto de vista psicológico por un conjunto de sentimientos contradictorios, los cuales nos expresan la idiosincracia del sujeto, es decir su complexión particular o individual.

No se puede llegar a ser hombre de carácter si no se lo ha sido desde niño, desde joven, puesto que es en la

primavera de la vida cuando se despiertan aquellos intereses y sentimientos que al cristalizarse nos perfilarán claramente la personalidad humana. "Nadie sueña que podrá borrar luego las primeras impresiones de la juventud". La frase es de Goethe.

Es en el niño en el que se hallan encerrados, en forma potencial, todos los valores de la raza, y en la adolescencia cuando se abre al individuo el mundo con sus misterios e ilusiones; es por ésto que insistiremos preferentemente en nuestro estudio, sobre estos dos momentos esenciales de la evolución psicológica de la personalidad humana; contentándonos, únicamente con esbozar los lineamientos generales y más saltantes de la edad adulta y senil.

Durante nuestra exposición vamos a considerar al hombre partiendo desde su nacimiento, porque su constitución física y psíquica y el desarrollo de su multiforme actividad, determinan e influyen poderosamente en su conducta futura. El recién nacido lleva en sí un potencial de energía considerable, que le es transmitido por el factor hereditario; cúmulo de fuerzas ancestrales que van a actualizarse gracias a los estímulos del medio en que evoluciona y dentro del marco de los elementos condicionadores de su personalidad y de su carácter, hasta crearle una vida interior de autoconocimiento, que le ascenderá a la categoría de ser consciente.

Los primeros años de la vida de un niño son

extraordinariamente importantes, no sólo -como creen algunos- considerados en un sentido físico, sino principalmente desde el punto de vista psicológico. Su personalidad ofrece caracteres sustancialmente distintos de la personalidad del adulto, y la diferencia estriba en que aquél es un ser en evolución, que se está desarrollando física y espiritualmente mientras que éste es ya un ser maduro. Aunque claro está que la personalidad del hombre adulto tiene sus cimientos sólidos en la personalidad del niño. No es posible, según el decir de Gaupp, considerarlo como un hombre en miniatura, sino como un ser especial, cuya diferencia cualitativa se deriva del hecho biológico de estar sometido a un proceso de formación y crecimiento. En consecuencia, los fenómenos psíquicos se producen en el alma del niño con caracteres diferentes que en el hombre, y, por lo tanto reacciona en otra forma ante los hechos de la vida diaria que impresionan su conciencia. Esta idea fué puesta de manifiesto por Rousseau hace mucho tiempo. No conocemos, escribe el autor del "Emilio", a los niños. Con las ideas falsas que se tienen acerca de ellos, cuanto más se adelanta, más considerable es el extravío. Siempre, equivocadamente, se ha buscado al hombre en el niño, sin considerar lo que éste es antes de ser hombre.

El análisis de la individualidad psicológica nos indicará el desarrollo progresivo del carácter. El niño al nacer, no es sino simplemente un organismo capaz de responder a las excitaciones de fuera; pero ya allí encontramos

un rudimento de carácter, pues esas reacciones son determinadas por la constitución particular del individuo. A ellas súmanse los sentimientos que se despierten, las ideas que adquiera, los actos que practique, las costumbres que contraiga, es decir, todas las influencias que sufra, a lo que deberá agregarse posteriormente, cuando sea capaz de reflexionar, razonar y elegir, la libertad que pondrá el sello personal a su actividad. Es así, como mediante una lenta evolución, va adquiriendo las cualidades necesarias para llegar, en la edad adulta, a la plenitud del desarrollo y constituir el tipo humano de hombre, creado por la sociedad. Para hacer posible ese desarrollo, debe contar con los elementos que el ambiente le proporciona. Si esos alimentos espirituales, son inadecuados, la evolución se efectuará en malas condiciones y llegará a producir un tipo social defectuoso.

El psicoanálisis nos revela al niño como un haz de tendencias instintivas que busca su natural desarrollo mediante el juego, la imitación y demás actividades características, ayudando de este modo a extirpar la vulgar creencia de que la mentalidad infantil es, como todavía hoy es corriente afirmar, una alba página en la que nada se ha escrito, una porción de blanca arcilla dispuesta a ser moldeada según se imagine.

Sus actividades congénitas se dividen en impulsos, reflejos e intintos. El ser infantil tiene una impulsividad natural congénita. Sus reflejos son la respuesta motriz

definida, a un estímulo externo también definido. Y el instinto, a cuyo estudio los psicólogos han dedicado preferente atención, no viene a ser sino una adaptación de la especie al medio circundante. No son pocos los investigadores que estiman que los ins - tintos constituyen actos psicológicos, respuestas motrices, no aceptando el criterio sustentado por quienes consideran que es una actividad inconsciente. Afirman que es un proceso en el que la conciencia interviene vagamente, si bien no dirige la actividad. Si la especie careciese de ellos, la vida se nos haría muy difícil, pues todas las situaciones de nuestra existencia que requieren inmediata respuesta nos pondrían a merced de las circunstancias y nunca nos adaptaríamos al medio cósmico y social. Como resultado de esta actividad y en virtud del progresivo desa - rrollo de sus poderes psico-físicos, el niño normal se adaptará perfectamente al medio circundante.

El período de la infancia gira alrededor del instinto que es algo así como la herencia extendida a la especie. Con el término instinto se designa al conjunto de tendencias di - námicas -ajenas a todo hecho de conciencia- que determinan acciones en las especies animal y humana respectivamente y que emanan de lo íntimo del ser vivo. Los procesos instintivos son incons - cientes y se manifiestan con características más o menos diferenciadas en cada individuo. Ellos determinan su desarrollo "progresivo" y se revelan en los sentimientos que representan "el balance de la vida personal en aquel instante". Es el impulso interno que incita a ejecutar ciertos actos y los dirige a fines adecua-

dos, sin necesidad de aprendizaje y sin que la mente se de cuenta de la relación de los medios al fin. Cuando Platón tradujo la fórmula pragmática del "Conócete a tí mismo", no quiso decir más, si bien se mira, que "Conoce tus instintos". La doctrina de la herencia viene a ser más o menos la doctrina platónica de la preexistencia, de la supervivencia.

El hombre durante su niñez pasa por una etapa en la que su inconsciente, sus instintos primarios, experimentan una adhesión a sus padres. Su libido se dirige poderosamente hacia ellos. Al llegar a la adolescencia, como luego veremos, esa unión se rompe; pero en el inconsciente queda siempre un cierto lazo, una cierta inclinación a revivir situaciones pasadas. En estos primeros años de su vida individual, el sujeto es movido del deseo al goce: atraído por el "ello" hasta ir diferenciándose, organizándose y cobrando características propias que han de constituir su "yo". El niño al principio quiere gozar de todo y apropiárselo todo; a este estadio se le conoce con el nombre de fase captativa; posteriormente comienza a gozar al suministrar goce a alguien, entonces llega a la llamada fase oblativa.

Una sola ley, pues, rige la primera edad del niño: el placer; lo cual constituye la causa primera de toda su actividad y de toda su conciencia y lo erige en centro de su universo, faltándole por cierto la posibilidad de diferenciar sus placeres sobre la base de una distinción intelectual. Se imagina que todo el mundo le pertenece como puede pertenecerle su bolsa de ca

ramelos o su caja de juguetes, ya que no es capaz de distinguir entre lo tuyo y lo mío: el mundo entero es su dominio. No sabe diferenciar con exactitud el mundo externo del mundo interno, lo real de lo irreal, lo objetivo de lo subjetivo. No distingue el yo del tú. Confunde el yo y el no-yo. Su conciencia en estado de nebulosa fusiona en su yo infantil el mundo psíquico propio, el mundo psíquico ajeno y el mundo exterior, que en el espíritu del ser ya formado se encuentran perfectamente diferenciados.

Observa Spranger que cuando afirmamos que en la vida del niño hay una predominancia de la fantasía no nos expresamos con exactitud, puesto que en el psiquismo del infante no existen aquellas diferencias que en el espíritu del adulto separan a la realidad de lo que es solo creación ilusoria de su imaginación. Esa falta de distinción de lo que es fantasía y lo que es realidad, lo aleja a una mejor comprensión por parte del adulto, ya que no sólo son distintos los puntos de vista sino igualmente diferentes los valores y elementos que se observan; máxime si se tiene en cuenta que ya no podemos penetrar en en dicho mundo porque, como alguien ha dicho "nuestra alma ha madurado en exceso". Razón, pues, tiene Spranger cuando afirma que para la vida infantil tienen importancia muchas cosas que para nosotros no existen o carecen de valor, e inversamente.

El niño avanza paulatinamente hasta una fase en la que toda su actividad psíquica gira alrededor de él, ésta es al promediar los siete años; época en la que aparece cierta

madurez en su manera de comportarse, que en el lenguaje familiar se conoce con el nombre de uso de la razón. En esta edad se produce un cambio general de su "actitud de reacción" frente al mundo; tórnase insensiblemente sociable y comunicativo, desapareciendo el egocentrismo absoluto y el eudemonismo ingenuo, a medida que aumenta progresiva y crecientemente el objetivismo caracterizante del desarrollo del espíritu, que antes de su aparición le hacía creer ser el verdadero "único", en el sentido de Max Stirner, señor del mundo, dueño de la vida y bienes ajenos. Esta paulatina disminución del subjetivismo es propio de la vida que evoluciona. Al niño le preocupan solamente sus propios deseos. Su alma es egocéntrica, todo lo que ve lo refiere a su yo, al que considera eje del mundo. Su vida afectiva, volvemos a tomar las palabras de Gaupp, está poco desarrollada, puesto que todos sus movimientos tienen como contenido su propio dolor o placer. De esta naturaleza egoísta dimanar los celos, la envidia y la mala voluntad del alma infantil. Es por ello que las risas o las lágrimas del niño tengan un contenido emocional muy pobre.

Inocentemente desea convertir en propio, aún lo que pertenece a los demás, a quienes inclusive sacrifica por lograr su gusto y capricho, pero como no puede conseguirlo materialmente, lo realiza valiéndose de las antenas de la fantasía. Señor de su propio universo, cuando su inteligencia encuentra un obstáculo, no se arreda y corre en alas de la imaginación. Mediante ella se representa las cosas ausentes, reales o irreales y merced a esta función hace vivir sus ilusiones y sus deseos.

Los psicólogos modernos sostienen que en la formación de la personalidad son determinantes las impresiones recibidas en la primera infancia. La capacidad receptiva entonces es notable, su sensibilidad a las excitaciones exteriores es mucho mayor de lo que pudiera suponerse. Nada puede hacerse o decirse delante suyo que no deje una impresión perdurable y que muchas veces determinará, al correr de los años, una modalidad especial a su carácter y a la forma de actuar ante los numerosos problemas que presenta la vida.

La personalidad del niño en cada época de su desarrollo es el resultado directo de disposiciones congénitas y de las influencias del ambiente. Más o menos hasta la edad de los 12 años asume una actitud pasiva, dependiente, receptiva, imitativa de las influencias externas. Es un período de plasticidad, de adaptación del organismo a su medio ambiente; caracterizado por una enorme sensibilidad física, que se manifiesta en su espíritu por una gran impresionabilidad, variabilidad y despreocupación; de donde podemos decir que la imaginación y la sensibilidad son las determinantes del carácter infantil.

Sin entrar en pormenores sobre el estudio de la inteligencia que no comporta la índole de este ensayo, hagamos notar únicamente el rol preponderante que le toca desempeñar en la blanda plasticidad de la vida intelectual del niño. Antes, a la inteligencia infantil se le consideraba co-

mo una forma imperfecta y germinal de la adulta, afirmándose que ella desempeñaba un papel sin importancia en la constitución del carácter. Las nuevas doctrinas reconocen, por el contrario, caracteres peculiares a cada fase de su desarrollo y demuestran la existencia de una positiva relación entre la inteligencia y los rasgos esenciales del carácter. En un principio su vida intelectual se compone, casi en su totalidad, de intuición formada por sensaciones, emociones, sentimientos. El recuerdo de estos estados afectivos es lo que más se graba en su memoria. Lentamente empieza a razonar, aunque siempre es la intuición sensible la que domina durante la infancia. Papel igualmente preponderante desempeñan en la vida intelectual del niño las asociaciones de ideas, que, en cierto modo, lo llegan a gobernar. Esto explica el por qué sea normalmente muy distraído.

Aparentemente parece que su pensamiento se construye desde fuera, pero nó; de cuantas observaciones se hacen sobre la materia, siempre resulta probado el aserto de que la inteligencia procede sintéticamente, valiéndose de estructuras. Poco a poco entra en comunicación con el mundo exterior; al comienzo espontánea y, después, voluntariamente, por el ejercicio de los sentidos externos. Abstrae sólo en mínima parte. Es lo externo lo que lo presiona y lo domina. Aquí encuentra su explicación el hecho de que él no vea el mundo externo como lo ve un adulto. Intelectualmente percibe todos los hechos como totalidades, unitaria y simultáneamente.

Al niño, nuevo en el mundo, a cada instante lo impresionan objetos nuevos. Es la época en la que el ins - tinto de imitación encuentra, por lo tanto, campo propicio pa - ra su desarrollo. La imitación en los primeros años de la for - mación espiritual del niño se reduce a simples movimientos me - cánicos, los que se van complicando cada vez más, hasta lle - gar a modelar y modificar su carácter. Según Gaupp, a partir del tercer mes ya éste remeda lo que oye y luego lo que ve. Si se halla arrastrado a imitar muchos actos, es a consecuencia del ascendiente que sobre él ejercen las personas de más edad, o las que comprende que de algún modo le son superiores. Baldwin quiere explicar por la imitación el desarrollo anímico del hombre, ya que todos llevamos una predisposición afectiva a i - mitar. En concepto de Compayré, el influjo educador de la imi - tación se extiende a todo, tanto a los actos físicos como a los morales, así a la inteligencia como a la sensibilidad; el niño está dispuesto a reproducir, primero los actos, más tarde los pensamientos y los sentimientos ajenos y es por ésto por lo que se humaniza poco a poco y sale del salvajismo para entrar en la civilización. En el hombre primitivo es todavía muy débil la influencia de los motivos sociales, que crecen, se forman y se multiplican con el adelanto de la cultura.

El hombre ya formado tampoco se libra de la tendencia a la imitación. En forma inconsciente imita la mane - ra de hablar, de sentir y de actuar; en una palabra, las for - mas de vida y las costumbres de las personas que le rodean. En

Las sociedades humanas el individuo no vive con autonomía, sino condicionado por determinadas costumbres a las cuales tiene que amoldarse. Este poder de la imitación se hace más visible cuando se transporta a otro medio social. El hombre, ser social por excelencia, es imitador por esencia. En la sociedad, como bien piensa Tarde, la imitación desempeña el mismo rol que la herencia en los organismos y la ondulación en los cuerpos brutos.

En donde también se manifiesta la imitación con una importancia enorme es en el lenguaje. Este hecho de gran significación social y de suma trascendencia psicológica, en virtud del cual los hombres pueden comunicarse entre sí sus propios fenómenos mentales, tiene su nacimiento en el influjo imitativo. El lenguaje no es sólo un medio poderoso de expresión, sino que viene a ser una síntesis de toda la actividad humana. El niño comienza por emitir sonidos orales espontáneos que por la imitación va seleccionando; tiene una tendencia irresistible a reproducir los sonidos articulados que oye, los cuales por repetidas tentativas y experiencias, va asociando con determinados significados que le permiten precisarlos cada vez más con el ejercicio, impulsado por las necesidades de la vida, hasta que termina hablando la lengua del medio social en que vive.

La curiosidad es otra tendencia de matiz intelectual que evoluciona gradualmente hasta convertirse en el afán de saber; es la palanca que impulsa al niño a darse cuenta de lo

que le rodea, y a medida que se desarrolla su inteligencia, es ta curiosidad se transforma en una fuerza poderosa y enérgica, intelectual y afectiva. Este deseo de saber y su credulidad ca racterística hacen que la sugestión encuentre en él campo apro piado. Esta tendencia a la sugestionabilidad depende de la cons titución psicológica del sujeto. En el terreno de la psicolo - gía individual interesa sobremanera conocer la resistencia que el individuo opone a la sugestión, y qué circunstancias son las que la favorecen. Este fenómeno intersubjetivo será tanto mayor, cuanto más grande sea la fuerza del psiquismo inferior; éste es, cuánto más viva sea la imaginación del sujeto, más vi gorosas sus tendencias inferiores y más vehementes sus emocio - nes y sentimientos; e inversamente, cuanto sea menor su refle - xión o el poder de actuarse por parte de sus facultades supe - riores para darse cuenta de lo que pasa en su psiquismo infe - rior. Puede decirse, pues, que la intensidad de la sugestibili dad está en razón directa de la del psiquismo inferior e inver sa de la del superior.

La sugestibilidad importa cierto desequili - brio o falta de proporción o coordinación entre las diversas funciones del sujeto; desequilibrio que proviene a su vez del predominio de unas funciones sobre otras, de hiperestésias e hipoestésias, de exaltaciones de la memoria o de su disminu - ción o anulamiento; de la vehemencia de las tendencias natura - les o adquiridas; del sobresalto de las pasiones, de la emo -

ciones y de los sentimientos que impiden el recto uso de la razón. Todo ésto en grado mayor son fenómenos de orden patológico, pero en menor grado se encuentra en todos los individuos por sanos y normales que sean, por lo menos en ciertas circunstancias. Debido a ese cierto desequilibrio de las funciones ánimicas del niño, se explica que éstos sean más sensibles a la sugestión que los adultos.

El niño admite todas las impresiones y recibe todas las formas. De aquí, que su vida se desarrolle forzosamente entre tanteos, imágenes más o menos confusas, y muchos de sus conceptos sobre las cosas y las personas se contradicen con lo que ven en distintos ambientes. Le falta casi por completo la noción de las vivencias metafísicas espacio y tiempo; es por ello que vive ingenuamente cada instante gozándolo como algo aislado y entregándose totalmente al presente: el pasado y el porvenir no existen para él. Conoce y aún anima o vitaliza todo lo que de manera inmediata lo rodea. Su mentalidad es animista: infunde de vida a las cosas inanimadas. Nunca se llega a poseer tan intensamente en cuanto a percepción como en la infancia.

Caracterízanse, asimismo, los albores de la vida individual por la movilidad de las impresiones, vivacidad de las pasiones y gran facilidad para contraer costumbres, que casi son instintos. En el niño se encuentran todas las inclinaciones

ciones, todos los gérmenes de pasión que han de distinguir más tarde al hombre maduro. Ya desde temprana edad tiene sus pequeñas pasiones, sus deseos, su gula, su impaciencia, su cólera, sus celos. En ellos predomina el proceso constructivo; su escala de valores oscila entre el placer y el dolor; son amantes del placer presente, impresionables, curiosos e irreflexivos.

Es de gran interés anotar que en la vida infantil cada tendencia de juego es el anuncio de una actividad futura. Todo lo que puede llegar a tener valor más tarde comienza a esbozarse en esta forma, ya que constituye el principal campo para que dé libre curso a su inteligencia, revele las aptitudes y disposiciones más recónditas de su alma y pueda, de este modo, determinarse la orientación de sus gustos y de su vida misma.

La segunda infancia del niño está dominada por completo por el juego, constituyéndose éste en el centro de toda su actividad, dedicándose sobre todo a los juegos de imaginación.

La ciencia de la educación debe a Fröbel, haber sido el primero en haber puesto de manifiesto la enorme importancia del juego infantil. Este psicólogo, llamado con razón por Thomas Davidson "el príncipe de los educadores", escribe acertadamente: "El juego es el grado de desarrollo más alto en la evolución del niño. Es la urgencia de expresar libremente las necesidades de su vida anímica. Es lo más puro e inte -

lectual de que el hombre es capaz en esta época". El juego no constituye un mero pasatiempo, sino que es de gran seriedad y de un significado profundo, ya que le prepara el camino para sus futuras actividades y por medio de él comienzan a formarse aquellas cualidades del hombre que más tarde van a constituir su personalidad.

La enérgica sublimidad del espíritu generoso de Federico Schiller, aprecia el juego como un don especial del hombre; estima que su aparición marca el paso del estado de barbarie al de civilización, puesto que mientras el deseo y la necesidad imperan la imaginación está encadenada a lo real y sólo cuando están ya satisfechos es que ésta se desenvuelve ventajosamente.

El filósofo alemán Karl Groos con su hondo sentido humano, considera que al niño le sirve el juego para hacer el aprendizaje de la vida, que son pre-ejercicios encaminados a prepararlo para su futura existencia; que los juegos que los niños inventan ellos mismos, deben considerarse como ejercicios útiles no sólo para el individuo sino para la especie.

Durante la infancia es precisamente cuando una sólida educación de sus caracteres psicológicos debe venir en ayuda de la cristalización propia y personal, a fin de transformarlo en un ser reflexivo. El niño trae en su espíri-

tu un caudal de posibilidades, por lo cual debe proveérsele de medios para satisfacerlas, descubriéndolas, desarrollándolas y cultivándolas. De aquí, que educar, significa para Fröbel desarrollar desde la raíz; es decir, tratar a los hombres como el guardabosques a sus bosques: cuidar el brote, para ver crecer el árbol, sano y grande dentro de la colectividad. Por algo dijo: "...los niños serán las plantas. Yo quiero ser su jardinero". Vale decir, constructor de hombres, cultivador para obtener el total desarrollo de la planta humana, el cultivo de la personalidad del individuo, el cabal rendimiento de la potencialidad anímica.

Siendo los primeros años de la vida los que influyen poderosamente en la modelación espiritual del individuo, tócale a la educación el feliz papel de hacer del hombre un portador consciente de valores eternos. No es dable dejar a los vientos del acaso la estructuración de la personalidad infantil, pues, ella, débil y tierna, requiere ayuda, soporte y colaboración. El hombre es capaz de afirmar la vigencia efectiva de los valores y de inspirar en ellos los actos de su vida, desarrollando así la propia personalidad. El momento esencial de la educación del carácter estriba en esa impresión de lo objetivo en lo subjetivo, en esa asimilación de los valores por la personalidad. Es en este momento del devenir espiritual del hombre en que la educación, influjo rector de la personalidad, tiene una misión sagrada que cumplir: preparar al ser humano para los inevitables cambios psico-físicos que trae consigo la adolescencia.

La etapa característica de la vida del hombre que sucede a la de la infancia es la adolescencia (del la tín, adolescentia, de adolescere, crecer). Comprende desde la pubertad hasta el completo desarrollo del cuerpo, marcando una fase de intensa evolución fisiológica, mental y afectiva.

Tanto en el hombre como en la mujer, se manifiesta la pubertad por notables cambios anatómicos y psicológicos: el niño comienza a ser hombre, la niña se transforma en mujer. Período, pues, durante el cual todo el ser experimenta un marcado adelanto en el desarrollo de su personalidad.

La infancia y la adolescencia son los dos estadios más opuestos de la vida humana, con diferencias tan profundas que la adolescencia se presenta como un nuevo nacimiento. Viene a mi mente aquella feliz expresión de Rousseau: "Ahora es cuando el hombre nace verdaderamente a la vida; ahora es cuando nada humano le queda extraño".

La evolución psíquica de esta etapa tiene como correlativo la transformación psicológica de la pubertad, que como sabemos es aquella fase de transformaciones internas en el organismo y el psiquismo del individuo. Así lo entienden los más destacados representantes de la Psicología contemporánea. Para Stern, la adolescencia es un período marcadamente transitorio, caracterizado principalmente por la ausencia de unidad interior, existiendo por ello en todo el ser una a-

centuada desarmonía y discrepancia. En criterio de Spranger, es aquella etapa vital que se extiende "entre la típica estructura del niño no desplegada todavía y la estructura espiritual del varón o de la mujer adulta". Para Stanley Hall, este período comienza con las primeras manifestaciones físicas de la pubertad; definiéndola, a causa del extraordinario desarrollo mental y afectivo que acompaña a la evolución fisiológica, "como la edad de oro de la vida". Según Aníbal Ponce, penetrante psicólogo americano, el hecho que marcaría el comienzo de la adolescencia, sería "un cambio profundo en la base cenestésica de la personalidad, la cual se debería a una sutil transformación del quimismo de los humores, a la irrupción en la sangre de hormonas hasta entonces desconocidas y que habrían de producir a corto plazo la crisis violenta de la pubertad". De acuerdo con esta concepción fisiológica la adolescencia no se inicia con la pubertad, puesto que ésta es un momento de aquella, sino con aquél período de la vida individual, que sucede inmediatamente a la puericia, y en el cual la personalidad se reconstruye sobre la base de una nueva cenestesia, en una curva ascendente que constituye una revolución en la vida anímica y cuyo lento declive comienza con la juventud.

En lo fisiológico, el sistema nervioso y los músculos toman el tono más alto y dominante; la fuerza, la flexibilidad de los miembros, la densidad, las propieda -

des estimulantes y la vivacidad en el movimiento de los humores, llegan a encontrarse en el más alto grado, lo cual contribuye a que el individuo se entregue con furor a todos los placeres voluptuosos en forma desmedida como si tuviese empeño en apurar prematuramente la copa que le ha correspondido en suerte en el banquete de la vida.

Esta corta revista de las transformaciones fisiológicas ocurridas al iniciarse la adolescencia, basta para hacer admitir que es una época de evidente transición, durante la cual todas las funciones del ser humano se ejecutan con cierta superabundancia de actividad.

En cuanto a las manifestaciones psicológicas típicas de ella, consideramos que éstas se presentan de ordinario en forma paulatina, aunque a veces sus reacciones son violentas, sobre todo cuando son favorecidas por conmociones emotivas en el medio inmediato, tales como desgracias o tragedias familiares.

La pubertad es la iniciación de una vida nueva en la que el problema de la inquietud sexual rompe las mallas de la edad infantil. Normalmente el instinto sexual y el amor despiertan sólo después de ella. De aquí que las transformaciones ocurridas parecen estar influenciadas por las secreciones endocrinas de las glándulas sexuales. El deseo de vivir para sí mismo, es lentamente reemplazado por un estímulo ardiente de reproducirse, cediendo a la ley universal de la actividad vital de la atracción de los sexos.

Es la edad de las pasiones impetuosas y de las ideas atrevidas animadas por todos los sentimientos de la esperanza, en la que a la par que se acrecientan las energías físicas se desarrollan las facultades intelectuales y se enriquecen y sublimizan los sentimientos. El crecimiento físico tiene una profunda repercusión sobre todas sus facultades. Una vez que el niño haya salvado la edad primera, su entendimiento principia a elevarse de las cosas puramente materiales al terreno de lo espiritual, su conciencia le revela las primeras ideas del bien y del mal; de aquí que Spranger llame a esta fase de "descubrimiento del yo".

Entre los principales caracteres de esta época, definitiva casi siempre en cuanto al futuro de toda una vida, y principio u origen casi invariable de todas las neurosis; son dignos de mención y estudio: La aparición de la autorreflexión o introspección como consecuencia de la plena conciencia del Yo; visión de un plan general de vida y contacto con las diferentes esferas de acción colectiva.

El adolescente al darse cuenta de su propio Yo como unidad, como totalidad, percibe necesariamente la inevitable y absoluta separación entre el yo y el no-yo; de aquí nace ese profundo sentimiento de soledad que lo embarga, más o menos marcado o atenuado por el propio temperamento, por la influencia total del medio y por la acción educativa; de aquí también puede comenzar a formarse el esqui -

zoidismo por un exagerado encerrarse en sí mismo hasta llegar a encasillar en el marco de la subjetividad su yo, refugiándose en esa región interior de su torre de marfil, donde "todo está inmóvil y todo es eterno", que si al principio es acogedor refugio, puede llegar a convertirse en prisión forzada. De lo dicho, se deriva la enorme susceptibilidad propia de esta época, pues al sentirse a sí mismo se concede importancia como individualidad y sufre siempre que se le menosprecia. El adolescente reclama que se le señale un papel saliente en la escena real de la vida, y si éste se le rechaza se convertirá en un incomprendido o si su constitución es favorable en un pa-ranoide con delirio interpretativo egocéntrico.

Como corolario de esta susceptibilidad y como reacción hostil a todo dogmatismo y signo de que en las profundidades de su alma se está formando un nuevo yo, aparece su deseo de independencia: Independencia de ideas, independencia de actos e independencia económica. Esta tendencia a la independización puede producir grandes fracasos; pero también puede ser, bien comprendida y orientada, la base sobre la que se afirmará su personalidad. Con enorme facilidad se comprende la utilidad que significa el tratar de favorecer y de in-terpretar este sentimiento para ir modelando con mano de artífico su personalidad.

Como consecuencia también de este hallarse
a Sí mismo nace en el adolescente la necesidad de trazarse un

plan de vida en cuanto a escoger profesión, lo cual constituye uno de sus más grandes problemas. Ciertamente es que, la necesidad de elegir profesión o de prepararse para ella, se hace imperiosa, pues comprende que el soporte en que se apoyará su futuro es el de su capacidad de procurarse los medios necesarios para vivir. El trabajo hace que le nazca la confianza y el dominio de sí mismo. Gracias a ello se forma el carácter práctico, se asume una actitud organizadora de su propia existencia, se disciplina la inteligencia, se concede habilidad completa y la aptitud imprescindible para dominar y conducir adecuadamente la vida, escalando el triunfo y conquistando el ideal. Por algo el trabajo exige juventud, vigor y dinamismo.

El plan fundamental consiste en la visión de la personalidad total idealizada: lo que se quisiera llegar a ser. A esto podría llamarse la entelequia personal.

En estos momentos de la vida y en rela-ción con el contacto de los diversos círculos de la socie-dad se afirma el sentido individual del hombre; resultante de los sentimientos de inferioridad, de la voluntad de dominio y de la mayor o menor facilidad con que se adapte a la vida colectiva.

En la compleja vida mental de los adoles-centes se presentan por primera vez al espíritu en forma alarmante los sentimientos de inferioridad, a veces reales y

de causa orgánica y otras veces imaginados. Según la genial concepción del psicólogo Adler, creador de la llamada Psicología Individual, que estudia la personalidad como una unidad que tiende a una meta; indica que sus fundamentos residen en tres problemas esenciales: el sentimiento de inferioridad, el afán de superación y la voluntad de dominio. Considera que su tan analizado complejo de inferioridad, cumbre de su labor en la historia del pensamiento, existe en cierto grado en todos los hombres. Pensó que ser hombre es sentirse inferior, pero es frente a ese sentimiento que podemos encarar los problemas de la vida. Este complejo puede ser un excitante, un estímulo, pero puesto en acción, puede conducir al crimen y al suicidio. Igualmente puede llevarnos a una superación siempre mayor o inversamente, a una conformidad cobarde con el destino. Este sentimiento o complejo de inferioridad, es semejante al llamado por Janet "de incompletud".

La voluntad de dominio, sostenida también por Adler, debe ser a veces fomentada y a veces reprimida según los casos, tomando sobre todo en consideración la forma en que reaccione cada uno a los primeros fracasos, pues es indispensable acostumbrarse a soportar derrotas sin que ello origine una actitud de impotencia. Al conseguirse el dominio del espíritu se logra la libertad.

Como rasgos peculiares y significativos de la adolescencia capaces de presentarse en la evolución de la personalidad podemos señalar, el descubrimiento del yo y de los valores, el afianzamiento de la personalidad y de la pro pia autonomía, anhelo de libertad, idealización de la vida, visión del orden y de la jerarquía; deseo de saber y de con siderar aislados los hechos, procurando desmenuzarlo todo en riguroso análisis; sentimiento de confianza en sí mismo, apa sionamiento por nobles ideales, súbitos arrebatos de entu- siasmo y de infundados desganos; espíritu de aventura, afán de poder y de valer, elaboración psíquica de lo aprendido, a centuación de los intereses éticos, perfecto cultivo del ins tinto orientador de la vida; libre elección de los intereses y formación de juicios propios para el desenvolvimiento y la configuración ulterior de la personalidad y el carácter.

Sostiene Adler que tres problemas apremian tes se le presentan al ser humano en esta etapa de la vida: la actitud frente a la profesión, ante el prójimo y el amor. Del primer problema ya nos hemos ocupado indirectamente, rés tanos referirnos a los otros dos, por ser de enorme importan- cia, ya que de la buena o mala solución de dichos problemas depende el equilibrio mental del hombre.

Dice este psicólogo que el éxito en el cam po de perfeccionamiento hacia el cual tiende el ser en su mar cha evolutiva, está condicionado en cada uno de nosotros -con

forme con los dictados de la psicología moderna- por un sen-
timiento de "comunidad" hacia el prójimo. Este sentimiento
constituye la capacidad de colaboración y de solidaridad ha-
cia el mundo ambiente que nos rodea, el grado de amoldamien-
to a la totalidad de la vida. Actuamos constantemente bajo
el influjo poderoso de este sentimiento de comunidad cuyo
grado mayor o menor nos dará la razón de nuestra manera par-
ticular de enfrentar los innúmeros problemas que ofrece la
vida. El individuo no puede progresar en su evolución ade-
cuada sino viviendo y trabajando como parte integrante e in-
divisible de la colectividad.

Una educación equivocada, deficiencias fi-
sicas y alteraciones de otro orden podrán determinar una de-
rivación de este sentimiento que pondrá en evidencia una fal-
ta de capacidad de adhesión social. Considera acertadamente
Adler que todas nuestras funciones corporales y anímicas son
justas, normales y están sanamente desarrolladas si llevan
en sí la suficiente cantidad de sentimiento de comunidad y
se hallan dispuestas para la colaboración.

La misantropía, el egoísmo, el carácter
hoseo, huraño, supone una falta de adaptación a la vida so-
cial. Podemos decir, apoyándonos en Adler, que dichos suje-
tos adolecen de sentimiento de comunidad. Y decimos adole-
cen porque la falta de sentimiento de comunidad es una ver-
dadera enfermedad del espíritu.

Acercas del tercer problema afirma este autor que el adolescente tiene una tremenda incógnita por resolver : la del amor. En efecto, la adolescencia es la edad en la que los resortes amorosos mueven al ser a edificar su castillo de utópicos ideales. El ideal y la aventura amorosa tienen un atractivo poderoso para la juventud. No bastándose el sujeto con sí mismo, anhela relacionarse con el alma ajena. La daga de su tranquilidad la constituyen los conflictos internos que a cada paso se cruzan en su camino. Siendo la época de los descubrimientos... quizás el más importante es el de la belleza femenina. El encanto del bello sexo, atrae cada día con mayor fuerza a todo su ser. Este nuevo interés que se despierta en su psiquismo por conocer el delicado y exquisito mundo femenino, constituye un eficaz acicate para la autoafirmación de la personalidad del adolescente. De ahí nacen nuevos esfuerzos para superarse en las distintas actividades de las que toma parte, tratando de hacer resaltar su virilidad expresada en calidades de fuerza, valentía, destreza y agilidad mental; en fin, busca los actos que impliquen riesgo y habilidad, pues, ha intuído que estos saltantes rasgos de su psicología individual, constituyen las mágicas llaves con las cuales lo será dable a abrir el corazón de la "muchachita" que tan fuertemente lo ha impresionado. El amor, así entendido, tórnase en el eje curvático de la personalidad; es vínculo y fuerza: fuerza propulsora de vida.

El adolescente ya se siente insatisfecho con su reclusión egoísta y solitaria. La función reproductora orien

tando los elementos dispersos del instinto, tiende hacia un fin determinado. Un nuevo sentido exalta la vida. A diferencia del niño, no se contenta con ser amado, necesita amar. El amor constituye la afirmación de su personalidad. Sin embargo, muchos lo estiman como negación de la personalidad. Pero, aun cuando fuera posible, así considerarlo, resultaría infecundo como mera negación, y de negaciones no puede vivir nadie y mucho menos la juventud. El adolescente orienta pues sus actividades en este sentido. Su Yo se proyecta hacia afuera, trata de confundirse con otro ser. Comprende que vivir es trascender y que vive plenamente quien vive por alguien y para algo. Es ciego para todo lo que no sea su amor y ve el mundo sólo y únicamente a través del ser amado.

Al hablar de la psicología del adolescente no se puede dejar de mencionar lo referente al problema sexual. Dada su innegable valía lo estudiamos detenidamente en el capítulo siguiente. De todas las épocas de la vida, la adolescencia representa el momento decisivo en el campo erótico. De aquí que la voz autorizada de Fromm, se pronuncie en el sentido de que "la personalidad no es más que la sexualidad transformada". Siendo la adolescencia el momento de la fijación de la libido, fácilmente se entiende que el tinte del erotismo bañe todos los pensamientos y deseos del adolescente.

Si el niño era egoísta y concentrado, primando la introspección y la tendencia de encerrarse en su

mundo espiritual: el adolescente tórnase altruista y social, muchas veces generoso. Es la edad de los entusiasmos y goces fáciles y excesivos, de los sacrificios sublimes, de los vuelos románticos, etapa en que se plasma y realiza el sentimiento de comunidad. El instinto sexual, actividad primordial y profunda, vibra en el fondo de todas estas transformaciones. Sólo aquellos sujetos de vigorosa personalidad son los que conservan hasta el fin de su vida los ardorosos entusiasmos y fervientes ideales juveniles.

El Eros según lo entiende Spranger, es la amistad, que constituye, el impulso social más íntimo, puro y desinteresado. La amistad en esta época toma una importancia inusitada, caracterizándose por ser exclusiva y amorosa. Afortunada está la frase: La adolescencia es la "edad de oro de la amistad". Ella impulsa al ser entero hacia una expansión simpática, "a no encerrarse, como dice Hoffding, en su propia personalidad". Razón tiene Mariano Ibérico al decir que "es la época en que misteriosa y oscuramente se insinúa el amor en las almas, la época de las poéticas fantasías, de las tristezas contemplativas, de las prolongadas emociones". En la adolescencia el impulso sexual y la erótica marchan durante algún tiempo separadas, estando al principio basada en la amistad y la simpatía recíproca que es la expresión más pura y personal del instinto social, hasta llegar al reunirse en el período de la madurez, época de la plenitud vital, como resultado de la evolución normal de la adolescencia.

La juventud, claro está, no es sólo una edad de preparación, un medio para un fin, ella tiene su naturaleza y su vida propia. Durante esta época sólo se tiemplan los resortes orientadores de la vida, valiéndose de su libre desarrollo y de su espontánea actividad. Es la jornada del lirismo anuncio de una personalidad espiritual en formación. En ese lirismo a veces altivo y a veces doliente, que es el alma de la adolescencia, se fija el rumbo definitivo de la personalidad humana.

En los primeros años de la vida del adolescente nace en su yo en loco tropel una agitación confusa entre vitalidad y espíritu, realidad y utopía, caos y orden; deseo e inquietud por ingresar dentro de las distintas esferas de la vida y la proclividad a encerrarse en la convulsa cárcel de su vida espiritual, circunscrita moderación y tranquilidad como i limitada ambición y rebeldía. Inconstancia manifiesta, ardorosa naturaleza, afición por el secreto y el misterio; maleables y sugestibles, amantes del extremismo y de los anhelos cósmicos; reservados, susceptibles y resentidos; edad en que con mayor facilidad se desatan las pasiones y los deseos; vive las dimensiones espaciales y temporales de manera distinta de las que las vive el niño.

El adolescente encuéntrase animado por el resorte iluso del sentimiento heroico de la vida. Es idealista como realista es el adulto. En la primavera de la vida el hombre acaricia el sueño de una existencia plotórica de ideales;

Faint, illegible text at the top of the page, possibly a header or introductory paragraph.

Main body of faint, illegible text, appearing to be several lines of a letter or document.

Bottom section of faint, illegible text, possibly a signature or closing.

viven de esperanzas, pues, como lo anotara Aristóteles, "para ellos lo porvenir es todo y lo presente es apenas un punto perceptible". La adolescencia es el motor de la idealización, así como el amor es el manantial de todo su idealismo, ya que en esta época se es sumamente sensible a los ideales elevados, a los heroísmos y sacrificios.

Al llegar el ser en su evolución vital a la etapa afirmativa de su personalidad, tórnase en luchador de un ideal superior, ascendente y exaltado; prodúcese la aparición del pensamiento abstracto, la adquisición de la responsabilidad social y el completo desarrollo de todas sus facultades. Ya vive, pues, en un medio más amplio, y todo lo ve subjetivamente; lo quiere interpretar por sí mismo como si fuera un nuevo descubrimiento. Lucha por abrirse paso en el mundo de los mayores, le molesta hasta lo indecible que se le siga tratando como a un niño, puesto que ya se siente portador de una nueva visión mental, de nuevas esperanzas, intereses y valores de la vida; en una palabra, siente haber descubierto su yo, adquirido un método de vida y una actitud nueva frente a los problemas del mundo; pues, para ello tiene la aspiración al conocimiento de la verdad, de la esencia última de las cosas, y lo más sublime, la sensibilidad para aprehender y realizar valores y la apreciación del rango de ellos en la axiosfera; y afianzado en estos resortes íntimos anhela forjarse una personalidad elevada, quiere que su vida se perpetúe, no se destruya y en ese desesperado anhelo busca la felicidad en un ser supremo.

Hasta aquí hemos visto el lado poético del adolescente. Precisa conocer también la gris nebulosa de este período de la vida individual. Como todo en el mundo, esto no tiene únicamente su lado brillante. Hay también sombras. La adolescencia es una edad de tristezas, de dolor, como la palabra que la denomina lo está evidenciando. Adolescente es el que adolece de algo. El adolescente atraviesa por una época muy crítica de estados de ánimo cambiantes, de dudas y vacilaciones, de efusiones y desalientos; la nostalgia y la angustia encuentran arcilla propicia en su espíritu; insatisfecho de sí mismo y de los otros, trata de encasillarse en su propio yo. Por todo ello, también ha sido llamada edad crítica, edad ingrata. Momento inquietante, en realidad, porque en él las tentaciones, la inestabilidad y el desconcierto hallan caminos libres.

La influencia de este momento, fisiológicamente hablando, se extiende a todo el sistema nervioso de una manera, más o menos sensible, según sea la constitución físico-psíquica del individuo. Es cuando puede producirse la aparición de trastornos patológicos desde las más simples perturbaciones nerviosas hasta las alteraciones más graves de la patología mental.

Tras de las cortinas de la vida interior del ser puede comprobarse la incuestionable acción de la pubertad en el desarrollo de los diversos trastornos de la ac-

tividad psíquica que vienen agrupados bajo la denominación de "psicosis de la pubertad". A veces hay conductas cuyos caracteres son tan desconcertantes que no es fácil a primera vista saber si el que las exhibe es un loco o no. La psiquiatría, rama de la medicina que se ocupa del estudio, diagnóstico y tratamiento de los trastornos mentales y nerviosos, ha distinguido entre ellos el importante grupo de las llamadas "psicosis". Según definición de un eminente psiquiatra, la psicosis es una perturbación del equilibrio psíquico que da lugar a una desadaptación del sujeto a su ambiente, expresada en trastornos de conducta y en sufrimiento psíquico de él y de quienes le rodean. En general, ella rompe la tónica del psiquismo. Conviene distinguir entre las psicosis y las neurosis. La distinción se hace a base de que las alteraciones de la conducta, en las psicosis son más profundas que en las neurosis y además el juicio o raciocinio se halla afectado casi siempre en las primeras, en tanto se conserva en las segundas. Ambas influyen notablemente en nuestro modo de ser. Confirman nuestra creencia las variadas manifestaciones del comportamiento individual, y los estudios de los centros nerviosos. La estructura íntima de nuestro sistema nervioso ejerce una influencia considerable en nuestro modo de pensar, sentir y reaccionar.

Los estados afectivos influyen marcadamente en la vida mental del adolescente. Numerosos son los psicólogos, patólogos y alienistas que sostienen esta afirmación. De acuerdo con los enunciados de la ciencia patológica hoy en día

ya no cabe poner al margen la influencia que los estados afectivos ejercen sobre el conjunto de nuestra estructura mental. El profesor Féré basándose en prolijas observaciones, afirma que las perturbaciones de la representación y de la inteligencia que se manifiestan en los estados morbosos de excitación y en los de agotamiento, frecuentemente mencionados para caracterizar las manías o la melancolía, resultan de perturbaciones afectivas. Considera que la depresión psíquica, el dolor moral, sirve de base a la mayoría de las perturbaciones psíquicas. Estima que el dolor moral es el estado primario sobre el cual se desarrollan las ideas delirantes que provocan reacciones más o menos intensas y duraderas, pero variables en su forma casi hasta el infinito, desde la melancolía acompañada de estupor hasta la manía furiosa, y la impulsión y la melancolía agitada. Esta concepción día a día se ha ido afirmando a pesar de admitirse que en la mayoría de las psiconeurosis se producen estados afectivos carentes de objeto.

Con la aparición del instinto sexual, igualmente, se producen desequilibrios en el psiquismo humano. Sabemos que la tendencia sexual aparece en el momento en que se incorporan al torrente sanguíneo las secreciones internas de las glándulas genitales, las que originan un estado de alarmante inquietud y zozobra, que como ya hemos indicado, trae consigo en lo físico, los cambios externos de completa diferenciación sexual. En lo psico-físico, la unificación de las distintas zonas erógenas, hasta entonces aisladas, y de los diferentes im-

pulsos parciales; esta falta de unificación produce las diferentes anomalías o perversiones sexuales. En el aspecto psíquico lo que domina es el erotismo, entendido como proyección sentimental en otra alma; hasta que se manifiesta el problema sexual, vago e impreciso en su comienzo pero que no tarda en precisarse y definirse bruscamente. Entonces el enigma del se xe sigue al adolescente como la luz a las tinieblas; de aquí, que sus acciones las desenvuelve y relaciona al imperio de la angustia sexual. Spranger, siempre certero y oportuno, refiriéndose al problema sexual en la adolescencia, dice: "Se abre para el adolescente no sólo un trozo del orden del universo, oculto hasta aquí, sino un aspecto completamente nuevo en él mismo".

Cobra importancia fundamental la educación, en este momento de la existencia del ser humano, al establecer una vigorosa correlación entre todas las facultades del in di vi du o, a fin de echar los más sólidos cimientos de la conciencia moral. El problema relativo a la vida sexual, es el ma yo r, el más formidable problema que siempre ha confrontado la educación, pues este aspecto del educando está en conexión di re cta ó íntima con la psicología del adolescente. Ese cambio profundo en el ser, ejerce en su destino una influencia honda y perdurable, porque en esta época surge el amor ciego e irresistible con todas sus ilusiones y con todos sus peligros. Es la edad en que el alma humana comienza a darse cuenta y a admirar las maravillas de la creación; es asimismo la época, re pe t i m o, en que con furor nos sentimos atraídos por el inte re s

sante amigo, o la linda amiga, según el sexo; es éste el período en que el sentimiento toma verdadera fuerza y en que se anidan en el corazón y en la mente humana los sentimientos más nobles, generosos y puros; pero es al mismo tiempo, cuando es más fácil sufrir dolorosas caídas morales.

Tampoco olvidamos la influencia que ejercen las glándulas endocrinas en los sucesivos períodos de la evolución individual, al operar profundos cambios psicológicos durante la pubertad. El valioso caudal que la endocrinología aporta para un mayor conocimiento de los cambios psicofísicos que ocurren en el devenir de la existencia, han sido vastamente tratados en nuestra tesis del bachillerato. Recordaremos, solamente, que los modernos estudios sobre las glándulas de secreción interna, comprueban que el timo, glándula de gran importancia durante la niñez, comienza a disminuir y regresar al llegar el ser al vasto período de la adolescencia, desapareciendo casi por completo en la edad adulta. La persistencia de ella después de la pubertad determina lo que el investigador Louis Barman llama "la personalidad timo-céntrica", de acentuado carácter pueril. Al mismo tiempo, la tiroidea, adquiere marcada primacía. El hipotiroidismo, provocaría en este momento, una especial torpeza psíquica, gran inestabilidad del humor, enorme lentitud de los procesos psíquicos, de percepción, ideación, volición y atención; reacciones emotivas torpes y apáticas, pereza psíquica y orgánica; incapacidad de deducciones rápidas, algunas veces embota

miento psíquico completo y en casos singulares, alteraciones psicopáticas, como alucinaciones, pero especialmente estados análogos a la melancolía, que presentan los mixedematosos, o estado producido por una verdadera hipofunción de la tiroi - des; la que en su grado máximo, determina la formación de se - res tarados de imbecilidad, idiotez y cretinismo. Pero, lo que es más grave aún, el hipotiroidismo provocaría durante el advenimiento de la pubertad, una absoluta detención del desarrollo genital. Conocidos son también los efectos que pro - duce el retardo de la hipófisis, razón por la que hoy en día se le asigna el papel de glándula desencadenante de la puber - tad, con lo que se quiere indicar que si bien corresponde a las glándulas genitales la función directriz, las hormonas sexuales requieren para actuar la presencia previa de la se - creción hipofisaria; lo cual no puede ser de otro modo, toda vez que ella constituye el cerebro de la vida vegetativa y representa el alto comando que controla la dirección y velo - cidad de secreción de las demás glándulas endocrinas. Su exa - gerada diferenciación orgánica suele determinar en los ado - lescentes una tendencia a la depresión melancólica ansiosa e insatisfecha y neurasténica, falta de retención en la memo - ria y cierta torpeza psíquica; inclinación a la tristeza, la astenia, la apatía, la somnolencia, al escepticismo; de defi - ciencias inhibitorias, de estados alternativos y de depre - sión y sobreexcitación psíquica. Las irregularidades de la hipófisis dan lugar a los tartamudeos mentales y espiritua -

les de la juventud. Igualmente el influjo de la epífisis es ca racterístico en esta época de la vida, especialmente en lo que respecta a la maduración sexual. Ha sido científicamente com - probada asimismo la influencia de las suprarrenales en las tur baciones psíquicas de la adolescencia, cuyos accesos de emo - ción violenta y grave alteración de la conciencia débense a la secreción de las cápsulas suprarrenales. Los patólogos indican estrechas relaciones entre la paratiroides y la depresión de á nimo de los adolescentes. Pero sobre todos estos influjos glan dulares en el psiquismo humano, el papel que juegan las glándu - las genitales es inmenso, toda vez que no es posible separar la actividad sexual del ser humano del resto de su personali - dad; al entrar ellas en acción se operan profundos cambios psi cológicos durante la pubertad, sea al madurar las glándulas se xuales o al cesar su acción por la castración. Lo cierto y evi dente es que la entrada en actividad de las glándulas genita - les determinan el nacimiento de la tendencia sexual, trayen do consigo profundos desequilibrios en el psiquismo humano. Rodea do el adolescente de un mundo de incógnitas psico-fisiológicas y de problemas inseguros e imprecisos, fácilmente se explica el por qué de la anarquía de su vida espiritual.

Una vez que el adolescente ha logrado vencer todas las dificultades de su ciclo vital y conseguido que to - das sus fuerzas propendan a la formación paulatina de un plan de vida como inclinación a la autoafirmación de su personali - dad y llegado a la cúspide del desenvolvimiento físico, se fra

guan los caracteres de su individualidad psicológica y entra en la edad adulta, período de la vida que se inicia, igualmente, con una crisis, que en concepto de Schmäring, constituye "la pubertad del adulto".

La filosofía de la madurez -ha dicho acertadamente Spranger- sólo aparece cuando el hombre se ha superado a sí mismo y ha aprendido a considerarse como un caso especial de las grandes leyes generales de la vida. En esta etapa, según Cabanis, el hombre comienza a no creerse invencible; observa que sus fuerzas tienen un límite; sus ideas y sus afectos no se lanzan ya a la aventura con la misma velocidad; se le ha concluido la confianza infinita que tenía en su poder, y luego, por una consecuencia necesaria, pierde una gran parte de la que tenía en los demás... Le ha llegado el momento de ahorrar, de crearse recursos para el porvenir. Todos los grandes pintores de la naturaleza humana caracterizan esta edad por el cuidado que se tiene en contemporizar con los hombres y en cultivar la opinión pública, por la mayor atención que se presta a todos los medios propios para enriquecerse... Es la edad de la ambición, de esa pasión egoísta y sombría cuyos goces no hacen más que excitar deseos que son insaciables.

Durante la edad viril hállase el hombre en una situación que podríamos llamarla estacionaria y de equilibrio, sin experimentar en el proceso de su existencia va -

riaciones apreciables, ventajosas ni desventajosas. Etapa de equilibrio entre la actividad agresiva y romántica de la adolescencia y la actitud exagerada y positiva de la senectud.

El adulto llega a tener en la experiencia vivida un concepto preciso de la realidad. Hállase durante este período en el apogeo de la vida y en toda la plenitud de su energía, de su fuerza y de su entendimiento. Sus sentimientos encuéntrase cercados por la voluntad, a la vez que se acentúa el refinamiento de la sensibilidad. El hombre maduro es colaborador de su propio destino.

Las notas dominantes de su espíritu son la circunspección, la cordura, su capacidad de adaptación social y profundo positivismo; su pensamiento tórnase lógico, reflosivo, razonable y calculador; tan pronto es mesurado y atemperado como ambicioso y egoísta; momento de su vida en el que al calor del convencimiento de su propia determinación, que trae inherente el sentimiento íntimo de su fuerza y de su enorme capacidad para las más altas especulaciones del espíritu, de la lógica, de la crítica y del razonamiento, se cristaliza definitivamente su personalidad psicológica.

Pasada la época de la edad adulta hace su aparición la senectud, que trae aparejada al debilitamiento del organismo el debilitamiento del carácter. Durante la edad senil la actividad espiritual, en la mayoría de los casos, se atrofia viviendo el ser sólo de recuerdos. La ancian-

nidad se refugia en el presente para mirar el pasado: el porvenir no es más que un recuerdo que se presenta bajo las formas de la esperanza.

Quien describe esta edad en forma magnífica es Aristóteles; él fué el que dijo, "parecen helados por la edad, y sin embargo tienen apego a la vida, sobre todo cuando se aproxima la última hora".

Las funciones orgánicas durante esta etapa de la vida degeneran y las facultades se debilitan. Y si nos ajustamos en defensa de nuestra afirmación a la tipología del psiquiatra de Tubinga, diríamos que un individuo durante su juventud, delgado, asténico, leptosómico, se convierte paulatinamente en el transcurso de su evolución en obeso, en pícnico: la vejez es pues el camino hacia el estado pícnico; ésto en cuanto a su aspecto morfológico. En lo que respecta a las operaciones del espíritu, éllas se hacen cada día más lentas y vacilantes. Acertado estuvo Fontenelle al llamar a esta edad "la dificultad de ser". El desequilibrio de sus funciones aumenta en gradación continua; su sentimiento por la vida no se esparce ya al exterior: una necesidad fatal hace que el anciano se concentre en sí mismo. Sus deseos se encierran en los límites de lo necesario.

La edad senil se caracteriza por la falta de energía para la vida activa, pérdida de ilusiones y deseo

de actualizarse... para ello recurren a su pasado personal. Los ancianos, pues, viven de recuerdos más que de esperanzas: comprenden que el porvenir es trágico y muy rápido, lo pasado es todo. Viven encantados con el recuerdo de su juventud y por lo tanto son enemigos del presente, ya que viven del pasado y cuya experiencia enciende en ellos la llama de la desconfianza.

Son notas igualmente dominantes de su espíritu el ser egoístas, autoritarios, irritables, impulsivos, tímidos, caprichosos, tercos, resignados, fácilmente emocionables e incapaces de cuidar y refrendar sus instintos, que reviven con desigual vivacidad; sus pasiones son mezquinas, su sentido de la economía es exageradamente positivo; su temor a la muerte y sus enfermedades lo induce a multiplicar los cuidados de su persona; el convencimiento de su decadencia vital lo vuelve triste y engreído.

Lo acosa constantemente un profundo complejo de angustia, proveniente de la íntima certidumbre de lo trágico de la vida. Y el problema esencial de ese sentimiento fatal cuya derivación espiritual y humana es la angustia, no es otro que el de la muerte. El gélido tema hace que se muestren temblorosos y avaros de lo poco que les queda de vida.

A través de las páginas precedentes hemos hecho notar que el carácter encuéntrase normalmente diferen

ciado según la edad. En el propósito de no alargar demasiado el tema, materia de nuestro estudio, nos hemos contentado, únicamente, con puntualizar las características psicológicas más saltantes de cada uno de los períodos de la evolución humana.

EL SEXO Y SU INFLUENCIA SOBRE EL CARACTER

|||||
|||
|

No se concibe el estudio del carácter humano sin dar una interpretación adecuada al problema sexual. Basta con observar detenidamente la vida de un hombre cualquiera para comprender la trascendencia que tiene en la conformación de su carácter. Por tanto, es de importancia fundamental el análisis de la influencia del sexo sobre la organización del espíritu y las variaciones que determina en el funcionamiento psíquico.

Dicho factor desempeña, pues, un papel preponde-
rante, vale decir, es la base sobre la cual se edifica la personalidad humana. Este problema extraordinariamente complejo y apasionante trasciende a toda la conducta del sujeto y no

es como generalmente se entiende, una cualidad localizada en un punto o manifestada a través de un órgano, sino que impregna a la totalidad del ser y, como anota Steenstrup, se halla presente hasta en la menor y más insignificante de sus partes y acciones.

Después de lo expuesto nos parece poder pronunciamos en el sentido de que el sexo viene a ser como la clave de la personalidad y una de las fuerzas más poderosas de la Humanidad. Pero, no por la innegable valía del factor sexual, vamos a admitir que todo lo psicológico hállese fatalmente influido por aquél. No existe ni una sola tendencia psíquica que no esté contrapesada por otra; y si el sexo actúa en la conducta, muchas veces como dominante, no se debe olvidar que el hombre posee una intensa capacidad restrictiva que le permite defenderse contra todo ese linaje de explosiones emocionales.

No vamos a seguir extendiéndonos en largas consideraciones previas sobre la importancia que tiene para el hombre, para la familia y para la sociedad, la materia que nos proponemos tratar. Cuando los temas son tan complejos y tan amplios, la claridad y la lógica deben presidir a su desarrollo. Fiel a este criterio, empecemos por puntualizar rápidamente que la psicología sexual parte del postulado de la correlación de las aptitudes y fines del hombre y de la mujer.

Es el sexo la primera y más profunda de las diferencias individuales, y abarca en sí en cierto modo a todas las otras, fundada no en una nota particular, sino en un aspec-

to completo de la vida. La sexualidad es una modalidad total, no sólo del cuerpo sino del espíritu: imprime un sello indeleble a cada una de nuestras manifestaciones. No es posible, por lo tanto, separar la actividad sexual de un hombre, del resto de su personalidad. Precisamente los que fracasan en ese aspecto de su vida son, por lo menos en la inmensa mayoría de los casos, seres deprimidos, abatidos, pesimistas, faltos de iniciativa y de vigor.

Es indispensable localizar el factor sexual en el conjunto de la vida humana y la función que representa en la formación y en el desenvolvimiento del hombre. Tiene como todo lo vital una evolución progresiva, sólo que surge con tintes y en circunstancias que aparecen como trágicas por la intensidad del factor psíquico en este aspecto de la biología humana.

Entre las diversas interpretaciones que tratan de explicar las relaciones del sexo con el conjunto de la vida humana, creemos que la teoría del psicoanálisis freudiano es bastante aceptable, a pesar de sus exageraciones. Esta doctrina sobre el psiquismo, fundada por Sigmundo Freud, tiene sus raíces en el estudio de ciertas anomalías de la vida mental y afectiva. Además de teoría del psiquismo es un método de observación de lo inconsciente y de lo subconsciente, una hipótesis etiológica de las neurosis, un sistema terapéutico de estas dolencias y una filosofía de la cultura espiritual humana. El inconsciente freudiano acapara todas las tendencias

que se reputan inmorales, antisociales, antiestéticas e inconvenientes. Lo inconsciente es para Freud un activismo fermentario de energías que siguen la línea del principio del placer, buscando, por tanto, su satisfacción. De aquí surge la concepción de los dos mundos del neuropatólogo vienés: el psiquismo consciente regido por el principio de realidad que busca la satisfacción de las tendencias sometándose a las exigencias exteriores de la vida; y el psiquismo inconsciente, regido por el principio del placer, que no tiene en cuenta lo objetivo, ni se somete a lo social ni a lo físico, buscando brutalmente la satisfacción. Entre los dos psiquismos, lo preconsciente es una especie de regulador de ambos sistemas psíquicos, regulación que se efectúa automáticamente por medio de la censura, de la resistencia y de la represión.

La concepción psicoanalítica trabaja sobre la idea de que la vida psíquica es una unidad indestructible e indivisible, debiéndose considerar el carácter y la personalidad de un sujeto en su totalidad. Recurre para sondear las intimidades psicológicas, a la interpretación de los recuerdos, de los sueños nocturnos y de las divagaciones imaginarias.

Los hechos de la infancia y las formas libidinosas de ésta, como luego veremos, tienen una significación muy grande en la teoría que venimos analizando, explicándose por ellos las "regresiones".

La teoría del psicoanálisis freudiano es

combatida por Max Scheler, arguyendo que se reduce a una especie de generación equívoca y en segundo lugar, porque las fuerzas que llevan a cabo la represión aparecen como las mismas fuerzas que brotan de la represión. Igualmente, la psicología individual de Adler es una reacción contra el pansexualismo de Freud.

Pero lo cierto y evidente es que el instinto sexual viene a la vida con nosotros. La escuela vienesa ha probado que el niño tiene una vida sexual propia. "Lo que en una persona solemos llamar carácter, se construye, en su mayor parte, a base de materiales sexuales", afirma Freud; genial explorador de las misteriosas vías del alma.

Profundos estudios llegan a la conclusión de que existe una correlación entre la sexualidad infantil y la formación del carácter, correspondiendo a cada fase una determinada forma de reacción. La vida psicológica infantil la suponen Freud y Moll influida por la sexualidad inconsciente. Lo inconsciente es el signo del psiquismo infantil, caracterizado por su contenido principalmente sexual y por su egocentrismo cruel y absoluto. Según el psiquiatra vienes encontramos en el niño dos complejos de impulsos en constante batalla: los impulsos egoístas y el impulso sexual.

Así como en el orden moral el niño se caracteriza por ser egoísta, autoritario y anárquico, y por ver sólo lo en el mundo la proyección de sus deseos, de sus caprichos

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

...the ... of ...
...the ... of ...
...the ... of ...

y de su curiosidad, en el sexual es, diremos empleando la terminología freudiana, "polimórficamente perverso". El psiquiatra vienés demuestra como el niño pasa del difuso interés libidinoso por las propias zonas erógenas, a convertir a las personas de su cariño y de su simpatía en el objeto de sus intenciones sexuales con sentimientos de celos e impulsos, los que más tarde son reemplazados o coexisten con sentimientos tiernos.

Desde los primeros días de nacido podemos encontrar en él una tendencia sexual indeterminada que se denomina libido. Esta aparece en el menor en forma vaga y subconsciente. Es la presión permanente del sexo en constante lucha contra las restricciones impuestas por el Yo. El ser humano, estima Freud, es el esclavo de aquella fuerza que traduce el élan vital; la libido; con cuyo nombre designa los impulsos o instintos de la vida sexual. Ella se muestra en nuestra especie como factor principal de la personalidad. Es la energía del instinto sexual, la fuerza propulsora del perfeccionamiento, y acompaña al individuo desde el nacimiento hasta la muerte, en todas las edades y en las varias metamorfosis biológicas de la existencia humana.

Para la teoría psicoanalista de Freud el término sexual tiene un significado de mayor amplitud, distinto al que se le asigna y registra generalmente, ya que comprende todo lo que se relaciona con la diferencia entre los sexos y no tan sólo la tendencia a la procreación.

Según otra explicación muy admitida por los

modernos psicólogos, la fase inicial infantil es la libertad de los instintos, el principio del placer, que se manifiesta antes del período latente; apareciendo posteriormente, por la regresión consecutiva a las exigencias sociales, el principio de la realidad. La lucha de ellos caracteriza a la personalidad humana. No olvidemos que la autorizada opinión de Yung, considera a los instintos como elementos no fijados en la psique, los que por otra parte, no estarían representados fundamentalmente ni por el instinto sexual, según quiere Freud, ni por el de dominio, según quiere Adler. Más de lo que se supone corrientemente, los instintos son móviles y alterables en su intensidad y capacidad, como corresponde al común carácter proteiforme de la vida psíquica; por lo tanto esto no es enfocable bajo la visión de una teoría rígida que aspire a explicar por sí sola todo fenómeno psíquico y social, como por ejemplo, la de la represión del instinto sexual.

La vida mental del niño desde temprana edad se halla regida por el principio del placer, equivalente de libido, palabra con la cual los psicoanalistas también quieren significar deseo, pasión desarreglada, capricho, sensualidad. En el niño coinciden al principio las tendencias al placer (Pulsorium) con los actos realizados (Actorium), existen en él también impulsos aislados que se presentan sucesivamente y que podrían considerarse en cierto modo sexuales según se acepte o no este término como referente a placer en general (hedonismo, libido); pero que nunca lo son estrictamente, en cuando

te sexual viene a ser lo relativo a diferencias físicas de sexo, a actividad exclusiva o dominante de los respectivos órganos, a tendencia finalista de procreación; por ésto al período oblativo se le ha llamado también de descarnalización por falta de interés carnal de la sexualidad. Las manifestaciones propiamente genitales no se declaran hasta la pubertad, con la entrada en acción de las glándulas correspondientes.

Uno de los capítulos fundamentales del psicoanálisis es el relativo a precisar la noción de complejo, que según Baudouin son "formas de sentimientos considerados en sus raíces más profundas e inconscientes". Esta definición abarca las inclinaciones, disposiciones y tendencias que son diferentes de los complejos, aún cuando guardan estrechas relaciones, ya que éstos se forman sobre la base de aquellas. Más acertados han estado, a nuestro concepto, Freud, Bleuler y Jung, al dar mayor importancia a los elementos intelectuales, afirmando que los complejos son agrupaciones de elementos ideológicos saturados de a-fecto.

Los psicoanalistas han dado el nombre de complejos a las tendencias inconscientes que originan ciertos modos de sentir, pensar y actuar, sin que el sujeto pueda librarse de ellas ni saber su origen. Dichas tendencias en concepto de Freud se disimulan bajo disfraces; muchas de las cuales no nos atrevemos a confesarlas, ni si-

THE FIRST PART OF THE HISTORY OF THE
REIGN OF CHARLES THE FIRST
BY JOHN BURNET
M.D.C. LXXII.

THE SECOND PART OF THE HISTORY OF THE
REIGN OF CHARLES THE FIRST
BY JOHN BURNET
M.D.C. LXXII.

THE THIRD PART OF THE HISTORY OF THE
REIGN OF CHARLES THE FIRST
BY JOHN BURNET
M.D.C. LXXII.

quiera a nosotros mismos, se encuentran sometidas a la cen-
su
ra de nuestra reflexión crítica, las que para evadir el con-
trol de la conciencia se disfrazan de mil maneras. Estima que
el disfraz con que vestimos a nuestras tendencias reprimidas
sirve para ocultar su origen sexual, y, en conclusión, que
la función sexual es la engendradora de casi todos los com-
plejos inconscientes. Acertado estuvo al pensar que la repre-
sión (hecho puramente psicológico al que aplica el nombre de
tópico) es la causa de la formación de los complejos, toda
vez que las emociones no siempre se manifiestan al exterior
sino que muchas veces quedan aprisionadas, reprimidas en
nuestro interior, las que no por esto desaparecen, sino por
el contrario, se traducen en una actividad distinta; sea en
una idea fija, en una fobia o en verdaderas anomalías orgáni-
cas, sin llegar a alcanzar manifiesto aspecto patológico, si
no en forma de una inquietud, de una agitación. Pero también
las energías poderosas de los complejos reprimidos pueden en-
noblescerse canalizándolos hacia actividades útiles a la so-
ciedad y al progreso (sublimación) como ocurre con la crea-
ción artística. Por todo ello es que se acostumbra distin-
guir entre emoción-choque y emoción-sentimiento, según la ma-
yor o menor duración y violencia con que las emociones irrum-
pen, y de acuerdo con el desentono de nuestra afectividad nor-
mal, desorden sentimental o modificaciones orgánicas que pro-
ducen. De lo expuesto fácilmente se colige la definición de
emoción. Etimológicamente viene de "pathos", "passio", que

significa sufrimiento, pasividad por parte de quien la experimenta, y entendiéndose por ella todo estado afectivo que rompe el equilibrio de la tonalidad afectiva corriente, causando un desorden en los sentimientos y que va acompañado de modificaciones orgánicas. En el caso de una repercusión pasajera la emoción busca un equivalente: personas hay que reprimen su cólera con visible mal humor contra quienes le rodean. La reacción que se produzca en una naturaleza activa de elevado nivel mental como consecuencia de una injusticia provocará una necesidad de actuar, de sobresalir y destacarse. El estudio de las emociones reprimidas se las debemos pues al psicoanálisis, que nos ha facilitado el método de investigación apropiado que permite arrancar el disfraz con que se cubren. Para el estudio del carácter es de importancia fundamental valernos del medio de exploración psicoanalítico.

Entre los impulsos primitivos que poseen mayor fuerza dinámica y por consiguiente los que más poderosamente afectan la conciencia del individuo debemos anotar al impulso sexual y al instinto de la propia consideración. Estos impulsos por el hecho de ser tan dinámicos, son también objeto de mayor represión. Lo primero que interesa objetivamente al sujeto es su propia persona. En psicoanálisis se conoce ésto con el nombre de Narcisismo, en memoria del mito griego de Narciso, que al contemplarse en la superficie de una fuente, se enamoró de sí mismo, despreciando a la ninu

fa Eco, y que luego al precipitarse en sus aguas esta morbosa pasión le causó la muerte, quedando convertido en la flor que lleva su nombre.

El hombre en los primeros años de su vida es un ser fundamentalmente egoísta. Más que amar necesita ser amado. Es un apasionado inconsciente de su propio Yo. Se trata de un sentimiento profundo, provocador de rudos impulsos volitivos que no hallan la valla severa de un control suficientemente intenso. Su sexualidad indeterminada, se encuentra confundida en un caos de sentimientos que con la progresión de su dinámica personal ha de definirse. Hay individuos que conservan, disimuladamente, el narcisismo egoísta de su niñez. Son los eternos insatisfechos: se aman demasiado a sí mismos para poder amar a otro ser. Sabemos que el amor se define como el afecto por el cual busca el hombre el bien verdadero o imaginado y apetece gozarlo. Pero cuando domina la libido del propio ser, que es ese deseo de amarse a sí mismo más que a nadie, cuando ese afecto o inclinación se refiere al mismo individuo, se produce el narcisismo. Es a esta misma categoría -autistas de Bleuler, esquizoides de Kretschmar- a la que pertenecen los dualistas del amor: enemigos del amor integral, amor del cuerpo y del alma, dan a una mujer sus sentidos y a otra su corazón, sin lograr confundir en una sola sus opuestas aspiraciones.

Aunque en los primeros momentos de la existencia damos libre curso a esta molesta libido en forma au-

toerótica, es decir, en nosotros mismos; en nuestro cuerpo se encuentran localizadas determinadas zonas erógenas o libidinosamente excitables, por lo cual encontramos en el narcisista infante: erotismo oral, anal, uretral, muscular y cutáneo. Para Freud no constituyen zonas erógenas sólo las genitales, si no otras al parecer indiferentes (mucosa labio gingival y lingual). Según la concepción psicoanalítica el niño al mamar experimenta placer sexual, lo mismo que al cumplir cualquiera otra función fisiológica, o aún al chuparse los dedos. Más tarde la libido se revierte a objetos o personas extrañas a él. Hacia el padre, la madre, los hermanos, los maestros o los amigos; siendo esta reversión la que da origen, como ya hemos indicado, a la formación de los complejos: grupos de representaciones imbuidas por ella. Surge entonces el complejo de Edipo y su antagónico, el de Electra; en alusión a los mitos griegos. Los cuales en concepto de Freud, no son más que manifestaciones de la subconsciencia racial por lo que la humanidad expresa su deseo e inclinación hacia el incesto, pero cubiertos bajo el manto del horror que tal cosa, al mismo tiempo, le inspira.

Por el complejo de Edipo, en recuerdo del legendario rey de Tebas, tomado de la tragedia griega, éste según predicción del oráculo mata a su padre Layo para casarse con su madre Yocasta, el niño tiene una inclinación amorosamente sexual hacia la madre.

Mientras que el complejo de Electra, hermana de Orestes y de Ifigenia, é hija de Agamenón y Clitemnes -

tra, también tomada de la Tragedia del laureado Sófocles, es el de la hija que siente una inclinación libidinosa por el padre.

Sólo así nos explicamos esa desconcertante respuesta de los niños: "Cuando sea grande me casaré con mamá". Lo cual también es corriente escuchar de labios de niñas; desde luego, en este caso, es el papá el escogido. Los psicoanalistas la han encontrado en Leonardo de Vinci, quienes creen ver en la sonrisa enigmática de su Gioconda, las huellas del recuerdo de la madre del insigne pintor y genio universal. Sobre Vinci, Claparède cita un estudio de Freud, basado en un recuerdo de Leonardo, que dice que estando una vez en la cuna, un buitre le azotó su rostro con la cola. Esto demuestra, según los psicoanalistas, los sentimientos que éste experimentaba por su madre, ya que en la mitología egipcia, el buitre es el símbolo de la maternidad. Pero por más genio que fuere Vinci, no es posible admitir, que desde entonces tuviera esos conocimientos. Se trata de una ficción de adulto proyectada en la infancia, por sentimientos actuales del artista. Y alguien cree ver, asimismo, en el cuadro de Santa Ana, al observarlo de lado, al buitre, representado por el manto azul que rodea la cintura de la virgen, el cual pega con su cola en la boca de un ángel. Por otro lado, Marañón se explica la vida sexual inestable e insatisfecha de Madame Stael, como el resultado de la inclinación simpática que ésta sentía por su padre.

Con el transcurso del tiempo y a medida que el niño se acerca a la pubertad la libido se transforma y puede recorrer alguno de los siguientes caminos: La realización del deseo, en cuyo caso no hay problema; o, lo que ocurre en la mayoría de los casos, la libido no puede tener libre curso en virtud de las restricciones que le opone la sociedad. Este afecto "interceptado" es reprimido, rechazado hacia los oscuros planos del inconsciente o del subconciente, siendo desde entonces cuidadosamente vigilado por la resistencia de nosotros mismos, cuya lucha produce perturbaciones en nuestra conducta.

Al ser reprimido el impulso sexual en el campo de lo inconsciente, pueden ocurrir tres casos, a saber, la sublimación, las satisfacciones sustitutivas y las neurosis o las perversiones. El psicoanálisis de Freud ofrece una explicación y un tratamiento de las constituciones anormales, explicándonos como la sexualidad desempeña un papel etiológico complejo en las neurosis y psicosis. Las imágenes y conceptos sexuales aparecen ya en la infancia, aunque permanecen latentes. El espíritu, en el curso de la evolución que atraviesan la infancia y la adolescencia, se afianza sucesivamente a diferentes objetos. La detención del desarrollo afectivo en una etapa vital donde se aferran definitivamente los deseos, crea una oposición entre lo que los apetitos deberían ser y lo que son en sí, que es lo que se conoce con el nombre de deseos reprimidos. Esta tendencia reprimida hurga constantemente nues-

tro psiquismo, por salir del cautiverio interior en donde celosamente la guardamos; aflorando sin que lo sepamos, disfrazada a nuestras conciencias en forma de "tendencias fallidas", de "actos sintomáticos" y muy especialmente en los "sueños". Para la escuela vienesa éstos desórdenes son casi siempre de naturaleza sexual. El apetito negado, reprimido, se refugia en la inconsciencia, de donde trastorna o transforma la conducta y el pensamiento. Hemos dado la explicación del caso. Indiquemos el tratamiento. Este consiste en poner en evidencia al sujeto sus tendencias ocultas. El las juzgará y la cura se obtendrá por ese solo acto de razón.

La tendencia sexual, coartada en su desarrollo, no desaparece, sino tiende a derivarse o transformarse. En el primer caso puede prolongar el estado indeciso de la prepubertad, en el segundo llega algunas veces hasta el altruismo más elevado y noble. Tan grande es la afectividad erótica que a falta de una "criatura real y viviente", se aman seres ideales; tal es el caso de los místicos que traducen en sus éxtasis, una pasionalidad que recuerda, mucho de aquel amor humano que desdeñaron o no pudieron conocer. Madame de Guyon expresa su delirio por el Esposo espiritual diciendo: "Lo amaba con tanta fuerza que no podía amar más que a él. He perdido la inclinación de todo el resto. Estaba como esos ebrios o esos amantes que no piensan más que en su pasión".

Los fenómenos provocados por "insatisfacción emotiva" que Stanley Read hallara en los adolescentes, obede-

cen a un fondo erótico esencial. Tampoco olvidaremos mencionar aquellas fijaciones intensas, punto de partida de muchas anomalías sexuales, que suelen producirse hasta en hombres perfectamente equilibrados. El recuerdo inconsciente de la primera mujer amada puede influir sobre la vida entera de un individuo, torciendo su rumbo o provocando luchas secretas. Edgar Poe bajo la ficción literaria de Ligeia y de Morella simboliza quizás una experiencia vivida. La tendencia sexual puede derivarse también en una forma aún más rara, tal como ocurre en el interesante caso analizado por Yung, que se cree amar a una persona cuando en realidad, y sin saberlo, se ama a otra, de donde surge un contraste interior que se revela por síntomas de neurosis. Es incuestionable que todos estos hechos facilitan, en los individuos predispuestos, las enfermedades del espíritu.

El neuropatólogo vienés ha estudiado en forma audaz el rol de los conflictos sexuales: las grandes neurosis, la psicastenia y la historia, sobre todo esta última, proveniente del desarreglo nervioso, que puede ir desde un simple tic, hasta la locura, pasando por toda una variada gama de manifestaciones; siendo originada por la violencia y lo complicado de la vida actual, a tal punto que investigadores de reconocidos méritos han llegado a la conclusión de que el noventa por ciento de la población mundial padecen de histeria y hasta algunas manifestaciones de alienación mental, psicosis-maniaco-depresiva, esquizofrenia y paranoia. Gradac

al psicoanálisis es dable desentrañar el origen de los síntomas y, a través de ellos, llegar hasta la base misma del disturbio mental. Al efecto, creemos oportuno recordar el interesante caso estudiado por Jung, el que nos permitirá conocer la indiscutible importancia del método en cuestión. Trátase de un arqueólogo de 35 años de edad, muy inteligente, pero de temperamento neurótico. Tuvo dos accesos de locura; en el segundo, con predominio de ideas de grandeza, hablaba de su musculatura maravillosa y de su voz admirable; entregábase a contorsiones gimnásticas y cantaba una romanza profundamente triste. El psicoanálisis mostró que en su juventud había amado apasionadamente a una muchacha, sin atreverse a declararle sus sentimientos temiendo ser rechazado por su aspecto enclenque y mezquino. Años más tarde la volvió a ver, casada ya, con un niño en brazos. Entonces se produjo el primer acceso. Le pareció que el mundo desaparecía ante sus ojos, dando lugar a un sueño bárbaro y grandioso. Al frente de los ejércitos, alcanzaba como galardón de la victoria, a la mujer que amaba. Curó, pero un nuevo encuentro produjo un segundo acceso. Los gestos que los médicos habían observado, y que a primera vista parecían incoherentes, manifestaban su sueño interior, la realización de sus deseos por medio de la enfermedad. Ante su amada mostraba una fuerza de atleta y cantaba para conquistar su corazón. Lejos del mundo actualizaba para sí mismo sus aspiraciones, resolviendo en el delirio esquizofrénico su viejo conflicto sexual. Igualmente conocido y elocuente es el caso de

Van Gogh: la transformación del erotismo puro en misticismo y luego en panteísmo cósmico. Por los casos mencionados es fácil advertir cómo la tendencia sexual tiende a derivarse, cómo la libido influye en nuestra conducta y constituye resorte interior para la formación de los sentimientos, cómo se manifiesta la presión permanente del sexo en constante lucha contra las restricciones impuestas por el Yo.

Claro está que no todas las personas tienen la misma cantidad de libido. La intensidad del apetito sexual depende, entre muchas otras cosas de factores constitucionales y hereditarios, de las secreciones glandulares, del clima, de la alimentación, del ambiente que nos rodea y de las excitaciones y oportunidades provenientes del sexo opuesto. De aquí, que es de importancia anotar que al lado de personas intensamente voluptuosas, existen otras frías en absoluto. Y entre ambos extremos, toda la gama de estados intermedios. Existen sujetos hipergenitales absorbidos únicamente en su idea fija de satisfacer intensa y constantemente el libidinoso deseo que los debilita y agota. Por el contrario, hay insuficientes sexuales que pasan las fronteras de lo mórbido. Allí están los fríos, no por exceso de mentalidad, como Kant y Newton, sino por defectuosa constitución neuroendocrina, llenos de escrúpulos y temores ante la lucha sexual. Los psicosténicos se sienten inferiorizados, incapaces de agresión; pues, el amor, estudiado en su intimidad, encierra un fondo de agresividad disimulada, de indiscutible dominio de un ser sobre el

otro. La conquista del amor completo es para el psicasténico una aspiración imposible.

Después de esta breve digresión, en que voluntariamente hemos incurrido a fin de hacer resaltar el preponderante rol que desempeña la libido en nuestra estructura psíquica, entremos de plano al estudio de las características psicológicas propias del hombre y de la mujer, motivadas por la diferenciación del sexo; pues ya hemos analizado las variaciones determinadas por la energía propulsora del instinto sexual sobre la formación espiritual del individuo, en todas las edades y en las varias metamorfosis biológicas de la existencia humana.

Las diferencias entre el hombre y la mujer constituyen la llamada polarización de los sexos. Así como existen diferencias saltantes desde el punto de vista físico entre estos dos valores, hombre y mujer, los que se completan para realizar el sublime imperativo que les está encomendado; otro tanto sucede en el orden psíquico, sirviendo también de fundamento a la oposición sexual de los espíritus. Diferenciando los sexos en la determinación con que en ellos se ofrece la naturaleza humana, han de diferir también forzosamente en el modo de desarrollar esa naturaleza y cumplir su destino; si bien, en virtud de la primordial unidad de su esencia, deben ambos igualmente cultivar todas las facultades psíquicas y todos sus respectivos bienes, cada sexo -se en -

tiende- a su modo. Representando ambos dos fases esenciales, aunque opuestas, de la naturaleza humana, son entre sí complementarios y deben unirse mutua e íntimamente en la vida, para desplegar de esta suerte toda su riqueza y perfección. De aquí, el amor sexual.

Ahora bien, uno de los problemas por los que se han interesado mayormente los psicólogos, médicos y antropólogos de todos los tiempos, es el relativo a determinar, si en efecto, el hombre es física y psíquicamente superior a la mujer, como creen los más, o viceversa. Basta plantear el problema para evidenciar su trascendencia. La solución antigua puntualizaba la superioridad del hombre sobre la mujer, a quien consideraba un ser incompleto. En la literatura griega se refleja el concepto poco halagador en que la tienen Píndaro, Tucídides y Aristófanes. Llegóse hasta el extremo de discutirse si estaba o no dotada de alma, pues, en la generalidad de los pueblos antiguos, la mujer era considerada como una "cosa" de escaso valor. Llama grandemente la atención el juicio que Aristóteles le dispensaba a la mujer, al considerarla como "una evolución detenida, como el fracaso de la naturaleza para hacer un hombre". No faltó quienes la comparasen con el niño y quienes con un objeto de placer. Mayor favor, en aquel entonces, le concedió la teoría de Spencer que entendía a la mujer "como un hombre no desarrollado". En verdad, ni la Antropología ni la Psicología, han dicho aún la última palabra. Creemos que tampoco la dirán, pues o-

positores y defensores de tan inquietante problema discuten desde planos muy diferentes.

No puede afirmarse en absoluto el predominio mental de uno de los dos sexos, sino que cada uno tiene sus cualidades peculiares. No hay elementos superiores ni elementos inferiores, sino dos elementos de igual valía que, reunidos, realizan una función. Platón nos habla de las mujeres mejores y de los hombres mejores. A las mujeres mejores sólo las superan los hombres mejores. De aquí que censurara con violencia el hecho de que las mujeres sean excluidas de los asuntos públicos.

En nuestro concepto, pueden el hombre y la mujer poseer características diferentes, pero éstas en general, no afectan lo más mínimo a sus aptitudes. Es por ésto que desde el punto de vista jurídico, hoy en día el sexo es una variedad individual que no implica capitis diminutio de la capacidad jurídica. Las reivindicaciones del feminismo conducen a las sociedades modernas á una equiparación jurídica de los sexos.

Recordemos que el sabio antropólogo francés Broca, después de haber afirmado en sus primeros trabajos que la mujer era mentalmente inferior al hombre, rectificó esta creencia, porque observaciones más numerosas y precisas le llevaron a confesar que se había equivocado, y que en condiciones análogas de libertad, de esfuerzo y de traba

jo mental, el hombre y la mujer demostrarían un grado igual de inteligencia y de disposición para las funciones intelectuales.

La sociedad ha determinado un papel pasivo a la mujer, teniendo en cuenta razones de orden moral, basadas en principios y en hechos naturales. Moral y fisiológicamente considerada, la mujer es de naturaleza tal que sus actos, sus pensamientos y sus sensaciones, llevan el sello de la negatividad, en el sentido propio de esta acepción, que no es la incapacidad sino una forma especial de reaccionar ante los hechos y las circunstancias de la vida. En efecto, el temor, la constricción, la facilidad para la emoción y el llanto, la falta de dominio, la dependencia, el encadenamiento, la receptividad, la tendencia a la indiscreción, sus suaves aptitudes mentales y volitivas, circunscritas a la actividad del hogar, a la maternidad como función esencial y suprema de su existencia, son factores que determinan y han determinado siempre una superioridad material y moral del hombre, que le ha valido para superponerse y crearse una condición dominadora. Esto ha originado o desarrollado su posición positiva con relación a la mujer, que siempre supeditada a su protección, en términos generales, a él tiende, especialmente en lo que atañe a los valores sociales de uno y otro. Físicamente, el hombre está más poderosamente constituido que la mujer, y con ello se ha querido establecer diferencias materiales que aumentan el poderío masculino y que determinan su propensión al dominio sobre aquella. Pero, psicológicamente hablando, hacemos nuestras las palabras de Platón: "A las mujeres mejores sólo las superan los hombres mejores".

La naturaleza, sabia en todas sus manifestaciones, ha dado a la mujer un arma, que bien utilizada puede igualar y destruir esa aparente superioridad, nivelando la balanza de los valores intrínsecos, ya que extrínsecamente parece estar destinada a un papel pasivo. Esa arma es su poder de sacrificio, su percepción más fina y su intuición más desarrollada, tres aspectos de una misma energía que domina al mundo: el amor.

Todos los autores que han tratado del amor reconocen en él la mayor vibración propulsora de la humanidad: Ovidio, Schopenhauer, Michelet, Senacour, Stendhal, Forol, Laurent, Roux, Bourget, Ribot, Heine, Freud y otros, están acordes en indicar que el amor es la fuerza que concede poderes extraordinarios y capacidad suprema para la lucha y que es uno de los mejores maestros de la escuela de la vida. Nos enseña a sentir más y a pensar mejor. El amor es la armonía del cuerpo y de los sentimientos, de la psique y de los instintos; el elemento generador de la psicología de los afectos y el manantial de todo idealismo. Y la mujer aporta a la vida el delicado efluvio de su amor, de su ternura y de su bondad.

Según la concepción freudiana el amor es la sublimación del instinto sexual, por el cual la mujer aspira instintivamente a la maternidad desde el despertar de su libido. Efectivamente, el destino primordial de la mujer es ser madre, que vale más que cualquier otra prerrogativa de la vida. La mujer, depositaria de vida y artífice de espíritus, tiene

conquistado un alto sitio por ser la conductora espiritual del hogar, por el que siente la sublime inquietud de las alas y el ansia de los infinitos caminos del espíritu. Afortunadamente escribe Mariano Iberico: "ser madre vale por todos los derechos y por todas las influencias".

Entre la mujer y el hombre, las diferencias de carácter son típicas, como corresponde a dualidad de organismos. El espíritu femenino está dotado de una enorme sensibilidad y afectividad; es de sentidos finos y delicados, alberga en su corazón sentimiento y exaltación generosa; encuéntrase dominada por la pasión del amor, a cuyo imperio subordina su existencia entregando totalmente su vida para alimentar vigorosamente sus raíces profundas. Ella nos habla, por la suavidad y delicadeza de sus formas, de gracia, de quietud, de ternura, virtudes con las que garantiza el heroísmo y la acción de los seres queridos.

El hombre es un organismo definido, enérgico, que nos habla de fuerza, de audacia, de acometividad; tiende a la lógica, a la abstracción, a la objetividad, a la sustantividad; inclinado a la libertad, la independencia, la individualidad, la espontaneidad, la expansividad, la altivez, la prodigalidad. Lo define su actitud ante el cosmos: su facultad de poseerse a sí mismo. Desea preferentemente manifestar su personalidad, encarnando en lo exterior sus concepciones e ideales, a diferencia de la mujer, que prefiere la intimidad, vivir replegada en sí misma y captar las revelaciones súbitas de la intui-

ción, produciendo su actividad, no con poderosa energía y libre vuelo, pero sí con exquisito arte y tacto delicado. En ella predomina la totalidad, la contemplación, la pasión del amor... Hasta sus odios, dice Heine, no son más que amores que han cambiado de traje.

En la vida espiritual del hombre predomina la esfera intelectual, mientras que en el espíritu femenino hay primacía del sentimiento sobre la inteligencia. En cuanto a la voluntad se refiere, en el hombre es afirmativa y en la mujer pasiva. Corresponden al primero aptitudes mentales y volitivas más enérgicas, más orientadas a la actuación social, a la abstracción, a la creación de valores culturales; la predilección de su espíritu se dirige hacia el orden del conocimiento ideal de los principios; mientras que el femenino se interesa más por lo individual, temporal y concreto.

La mujer es esencialmente adaptable a las situaciones pasajeras y sus modalidades cambian según las circunstancias. Se guía en sus apreciaciones por pequeños detalles, sin profundizar en el fondo de las cosas, de aquí el por qué de su sugestibilidad y el que sea más magnetizable, a diferencia del hombre que ofrece casi siempre resistencia a las influencias del mundo externo, mientras que ella imperceptiblemente se somete a su influjo, considerándose como parte en el engranaje universal. En uno de los aspectos en los que se puede apreciar mejor su psicología es en la forma como sigue los dictados de la moda, soberana de la indumentaria femenina, y que es la que rige y gobierna constantemente

sus destinos y sus caprichos. La mujer actúa bajo el imperio absorbente de esta fuerza universal antes que sentir la esencia verdadera de las cosas. El dominio de esta corriente influye principalmente en el sexo femenino, porque en él es en donde la fantasía corre más vertiginosamente, en donde con más frecuencia varía su curso y dirección. En determinados casos la moda se convierte para la frágil voluntad de la mujer en un verdadero tirano.

En la esfera de la vida social el hombre representa el elemento de adquisición, de progreso; ser innovador, de impulsos, productivo y reformista; en tanto que el espíritu femenino se manifiesta abiertamente hacia la sociabilidad; más resistente, pero de menor iniciativa, se adhiere indisoluble a la tradición y a la conservación.

A través de las líneas precedentes hemos indicado grosamente las notas más saltantes del carácter individual motivadas por la diferenciación de sexos. Cabe recordar que tema de gran actualidad es el relativo a las relaciones biológicas existentes entre la estructura somática y el carácter, así como el influjo que ejercen las glándulas endocrinas genitales en la constitución psíquica.

En nuestra tesis de bachillerato indicamos que la teoría endocrina humoral se presentaba hoy en día como la última palabra de la ciencia, relacionando estrechamente las variedades del carácter con esos agentes misteriosos

que en la circulación sanguínea vierten las glándulas de secreción interna. Volver sobre ello sería desbordar los cuadros de esta exposición; sin embargo recordaremos que desde el punto de vista biológico la personalidad humana es el resultado de la combinación de las diversas secreciones de sus glándulas internas. Al observar a un individuo de tipo dinámico, por lo general delgado, inteligente, activo, de enorme vivacidad, velocidad y poder de razonamiento, la ciencia endocrinológica nos lo presenta como a un sujeto de secreción tiroidea excesiva; y por contraste, es fácil advertir en el sujeto hipotiroideo, al tipo lento en el pensar y en el actuar, de gran inestabilidad del humor, algunas veces de embotamiento psíquico completo y en casos particulares, alteraciones psicopáticas, como alucinaciones y especialmente estados análogos a la melancolía; determinando la deficiencia tiroidea en su grado máximo, seres tardos de imbecilidad, idiotez y cretinismo. Basta con lo que dejamos dicho para demostrar que la psicología se encuentra altamente influenciada por los conocimientos biológicos acerca de estas glándulas. De aquí que a la personalidad humana se le defina de acuerdo con los postulados de la endocrinología moderna, como resultado de una coordinación de las diferentes secreciones internas.

Es un hecho probado por la psicología sexual que las glándulas genitales juegan un importantísimo papel en la estructura del carácter. Asimismo, es respetada opinión en el mundo científico, que las secreciones endocrinas de los testículos y de los ovarios tienen mucha mayor influencia en la

formación espiritual de los individuos que la actividad de las restantes glándulas unidas, pues, su influencia se manifiesta a través de las diferentes etapas del ser humano. Ello ha sido palmariamente demostrado por las investigaciones científicas practicadas en altos centros de estudio.

Las glándulas genitales influyen poderosamente no sólo en el aspecto morfológico, sino también en el aspecto psicológico del individuo, actuando a través de las diferentes edades de la evolución vital del ser humano; explicación que no necesita mayores argumentos para reforzarla dada la íntima correlación entre los procesos funcionales del organismo y los procesos psíquicos.

Según la concepción endocrinológica en boga, las características psicológicas masculinas de valor, serenidad, raciocinio lógico, altruismo, en fin, mayores condiciones psíquicas y morales para la lucha diaria por la vida, son cristalizaciones de la secreción interna de la glándula genital masculina. Mientras que las condiciones de femineidad, tales como el instinto maternal, la ternura, la hipersensibilidad intelectual, la mayor sensibilidad física y moral, la delicadeza, el sentimentalismo y la impresionabilidad, son el reflejo, la consecuencia de la secreción de la glándula genital femenina.

Hoy en día no cabe duda de que a la acción de los testículos, glándulas de la masculinidad; y a los ova

rios, glándulas de la femineidad, se debe particularmente la modelación de los sexos, y sus diferencias espirituales reposan en la secreción de ellas. La actitud de defensa y conservación que asume la mujer frente a la vida, así como en el hombre aquel espíritu de lucha, ansia de ataque y desprecio al peligro -instinto, que según la doctrina endocrinológica- está relacionado con las glándulas del sector simpático: suprarrenales y tiroideas. Esta ciencia nos dice que el individuo de hipofunción genital posee un carácter débil, lábil, melancólico, mientras que el hipergenital es de carácter firme, irritable, voluntarioso. También enseña la razón por la cual la pubertad es más precoz en la mujer que en el hombre y a que se debe la superioridad pubertal de éste en relación con aquella. La importancia de la vida sexual femenina en su actividad psíquica es cuestión harto conocida. Hipócrates y Platón ya habían establecido una verdadera dependencia entre el psiquismo y el útero; igual relación establecieron los ginecólogos de la Edad Media.

A la luz de la moderna Endocrinología se ha descifrado el por qué la mujer es un ser eminentemente nervioso, delicado, sensible y caprichoso. Nos ha indicado así mismo el por qué la menstruación influye notablemente en el carácter de ésta; ya que es la época en la que se vuelve brusca y caprichosa, súbitamente se irrita al mismo tiempo que prontamente se apacigua y su imaginación está siempre en actividad; la alegría, la esperanza, la desesperación, la melan

colia, el temor, el deseo, el disgusto, se presentan, se extreman y se desvanecen con rapidez. No pocos son los autores que están acordes en opinar que durante el período menstrual se apodera de las mujeres neuróticas la manía suicida a la par que se acentúan sus vesanias. También, gracias a la Endocrinología, no es factible saber la causa de que la mujer en cinto experimenta una especie de rejuvenecimiento físico y una suerte de afinamiento de todas las cualidades más bellas del alma femenina: la ternura, la bondad, el espíritu de sacrificio y la abnegación, que el maestro Pende, las motiva, por la hiperfuncionalidad de sus glándulas genital y tiroi - des.

Por último, conviene analizar las diferentes circunstancias y caracteres con que se presenta el clima terio en sus relaciones con el psiquismo femenino. El climaterio, palabra derivada de la raíz griega Klima, significa declive o inclinación, representa el período funcional decli nante de la mujer. El profesor Marañón designa al período de la menopausia que abarca un dilatado ciclo de la vida sexual con el nombre de "edad crítica". Ella, pues, es aquella etapa inevitable de la vida que impone a la inmensa mayoría de las mujeres toda una serie de trastornos físicos y morales : angustia, pesimismo, amargura, irascibilidad, sensación de descontento, irritabilidad y desasosiego.

Es digno de particular atención el concepto del doctor Marañón, para quien la psicología de la meno -

pausia "es toda la psicología de la mujer, afinada y exaltada por las circunstancias que concurren a la crisis". Siendo la edad crítica propicia a las emociones, estima que la menopausia y la emoción son dos factores inseparables. Afirma nuestro autor que "en este lapso el sistema endocrino vegetativo adquiere, habitualmente, un grado de tensión funcional que le hace particularmente apto para la receptividad emocional", modalidad que corre pareja con un aumento de las agresiones emocionales en esta época de la vida. Se considera que el hipertiroidismo y el hipersuprarrenalismo, son los dos factores predominantes de la edad crítica. Recordamos que éstos son los mismos elementos de la cadena endocrina determinantes de la emoción.

En el período climatérico puede fácilmente comprobarse, según asertos de la ciencia moderna, una hipertensión funcional de la tiroides y cápsulas suprarrenales, con la consiguiente reacción vegetativa, y de ahí "un estado permanente de predisposición emocional". En el momento funcional declinante de la mujer, en contra de la opinión vulgar, la aptitud emocional está considerablemente ensanchada, si bien las emociones épicas propias de la juventud ceden su puesto en el escenario reaccional a las emociones líricas de la cuarentena. Vinay ya había señalado: "...su sensibilidad está exaltada y su resistencia disminuída". Igual concepto, vigorosamente defendido, reaparece en los estudios de Marañón, quien considera que realmente en esta época: "Las agresiones emocionales cercan, pues, al espíritu precisamente cuando es más vul-

son las únicas que intervienen en el curso evolutivo de la personalidad; hay otras que entran en acción, anulando o acentuando el poder de aquéllas, y aun más, incitando o actualizando potencialidades que se encuentran en la esencia del psiquismo. Entre ellas debemos considerar como principalísima la influencia de la educación, maestra soberana de la vida.

El alma humana como todo lo existente está sometida al eterno devenir. De aquí la enorme importancia que desempeña la educación en la conformación espiritual del individuo. Por medio de ella se eleva al ser psico-vital a la categoría de personalidad.

Debemos convenir que el concepto actual de educación es completa y diametralmente opuesto al concepto clásico. Ahora se estima que más vale la aptitud y la energía que un mosaico de conocimientos. La educación que prepara al hombre para la vida cumple así con su misión ante la sociedad y el individuo formándole un carácter. Para la antigüedad el fin de la educación era la erudición. Pero hoy en día tiene una importancia tan decisiva como distinta sobre el desarrollo de la personalidad del individuo dentro de la sociedad, tendiendo a la ampliación de aquella en una forma activa, opuesta a la receptiva del siglo pasado. La educación moral y social constituye la base para el desarrollo de la personalidad; ella, antes que comunicar conocimientos definidos, debe propender al desenvolvimiento de las capacidades y de las fuerzas creadoras del in-

dividuo. No se puede en la actualidad pensar en educarlo, si previamente no se hace un profundo estudio psicológico que nos haga conocer muy a fondo las cualidades íntimas del ser bio-psico-físico, reconociendo así la importancia que tiene el análisis de la psicología de cada persona para una mejor educación del carácter humano. Ahora bien, éste, como sabemos, depende no sólo de la herencia que recibimos al venir al mundo, sino también del bagaje que cogemos al caminar por él, y que se encuentra constituido por la educación. El medio ambiente nos educa inconscientemente, en forma de avance o retroceso, y nos amolda a su modo de ser, querramos nosotros o nó. La educación entonces no es otra cosa que el conjunto de influencias y modificaciones que la comunidad ejerce en el individuo y que cada uno de éstos provoca en los demás integrantes de la sociedad. Uno de los primeros filósofos en reconocer la importancia de la educación en la formación espiritual del individuo fué Platón, para quien tiene por fin dar al cuerpo y al alma toda la belleza y toda la perfección de que son capaces. Distinguía naturalezas nobles y naturalezas innobles, considerando a éstas como incapaces de poder llegar a la plenitud de la actividad espiritual y moral.

Según el filósofo de Egina y después de él Aristóteles, el carácter depende, en gran parte, de la manera de obrar, pero principalmente de la educación. En la niñez, dice Platón, más que en ningún otro período de la vida, la formación del carácter depende de ella. Y el Estagirita e

nuncia como ley general el principio de que los estados morales de vicio o virtud son el resultado del influjo educacional.

Refiriéndose al poder de la educación en la formación espiritual, Erasmo se expresa diciendo que la naturaleza innata puede mucho, pero es aventajada por medio de una educación eficaz. Es tan vigorosa su creencia en este aspecto que lo lleva a decir con maravillosa precisión: "La naturaleza, al darte un hijo, no te da otra cosa que una masa tosea. De ti depende el dar mejor forma a esa materia flexible y moldeable. Si la abandonas, produces una bestia, y si eres cuidadoso, produces, por decirlo así, un dios".

Asimismo Kant, pontífice de la filosofía universal, piensa que el hombre sólo puede llegar a ser tal por la educación y que no es más que lo que ésta hace de él. Sostiene que su objeto puede ser de tres clases: moral, técnico y pragmático. El objeto moral es el absoluto, y se consigue en la moralidad; el objeto técnico, en la destreza; el objeto pragmático en la prudencia. La educación debe pues cultivar, civilizar y moralizar al hombre. Los niños han de ser educados, no para las presentes, sino para las futuras generaciones, es decir, de acuerdo con el ideal del género humano y de su destino. Sólo sobre la base de este principio es posible el progreso, o sea una futura situación mejor de la especie humana. El filósofo de Königsberg, entiende entonces por educación el desenvolvimiento en el hombre de todas las perfecciones posibles a su naturaleza.

Richter, apóstol de la individualidad ideal, dice: "Cada uno de nosotros tiene en sí mismo su hombre ideal ;

ésto es, el armonioso máximun de todas sus predisposiciones individuales; y el oficio de la educación es desarrollarlo plenamente". Exige, conjuntamente con Kant, que la educación se eleve sobre el espíritu de la época y prepare para las generaciones futuras.

Para Rousseau la educación es el arte de educar al niño y formar al hombre. Por algo dijo "dejar madurar la infancia en el niño", es decir, no pretender que sienta, piense y obre como hombre, sino que permanezca en su naturaleza de niño. La psicología moderna reitera con insistencia que a los cinco años de edad se ha grabado ya en la blanda plasticidad del niño, los rasgos que diferenciarán su arquitectura mental, su índole subjetiva. Es por ello que la educación debe aplicarse a desarrollar las cualidades generales del espíritu.

El empirista Locke concreta su pensamiento en las siguientes palabras: "Casi me atrevo a afirmar que por cada diez hombres que hallamos, nueve, por lo menos, sean buenos o malos, útiles o perjudiciales para la sociedad, lo son por la educación que han recibido". No ha debido de vacilar al expresarse en esa forma, ya que cada hombre y cada pueblo poseen un carácter -fuerte o débil; bueno o malo- siendo la educación el único medio de perfeccionarlo.

Según Spencer, la educación consiste en preparar al hombre para la vida completa; pero olvida precisamente que la educación es una forma de vida. La fórmula spenceria

na presenta como suprema aspiración del niño los intereses, normas y valores del adulto, lo que equivale a pervertir y defor - mar su carácter. La mejor manera de prepararlo para la vida, en nuestro concepto, es hacerlo vivir su vida de niño. Cada e dad -cómo hemos puntualizado en el capítulo correspondiente- tiene su grado de desarrollo, su visión del mundo y de la vida y su ideal de perfección. Por lo tanto, la educación debe hacer de l hombre un portador consciente de valores eternos.

Hegel, considera que el niño no es, natural - mente, ni bueno ni malo, pues no tiene conocimiento del bien ni del mal. Enseñarle a obrar bien, consciente y libremente, es el objeto que señala la educación moral.

El filósofo artista, Guyau, considera a la ciencia educativa "como el arte de adaptar las generaciones nuevas a las condiciones de vida en la forma más intensa y fecunda para el individuo y para la especie". Según él debe tener un triple fin: -1) Desenvolver armoniosamente en el individuo todas las capacidades propias de la especie humana, útiles según su importancia relativa; -2) Desarrollar particularmente en el suje to las capacidades que parecen serle especiales, pero sin dañar el equilibrio general de su organismo; -3) Contener y limitar los instintos y tendencias susceptibles de perturbar este equi- librio. En estas frases Guyau expresa el ideal de la educación moderna, que tiene un fin individual y un fin social: Preparar al hombre para la vida, desarrollando sus energías en el senti- do de su perfeccionamiento moral y del bienestar de la especie.

El problema de la educación en el niño es completamente psicológico. Así lo ha entendido Vives, para quien viene a ser una aplicación del conocimiento psicológico. Se adelanta a Herbart y lo supera en cuanto a amplitud de espíritu y profundización del problema educativo. El escribe: "La educación no debe tener por fin ni la posición social ni la riqueza, sino el cultivo del espíritu que da a los jóvenes junto al conocimiento, más virtud y más felicidad". Ya Vives reconoció lo absurdo de comparar niño con niño, dada la diversidad de aptitudes.

Georg Kerschensteiner estima que esta disciplina ha de tender, ante todo, a ver lo importante y lo no importante en las diferentes partes de nuestra futura personalidad, y a iniciar y fortalecer cada vez más la aspiración propia hacia una personalidad valiosa, en todos nuestros estados de ánimo y sectores del trabajo. Como maestro de aquilatados méritos opina que "el último fin de toda educación es lograr la personalidad moral autónoma; el último y más elevado oficio que el educador puede llevar a cabo, dentro de una colectividad, es conducir al educando a una determinada libertad moral, sintiéndose obligado a colaborar en la moralización siempre imperfecta de la colectividad, aun cuando se corra el riesgo de ser sacrificado por ella misma". El factor educación constituye la experiencia individual, en función a la influencia del medio social.

Podríamos seguir mencionando el pensamiento de muchos insignes como diversos representantes de las distintas concepciones filosóficas, cuyas apreciaciones coinciden en

la grande y poderosa eficacia que la educación tiene en la formación espiritual del individuo. Toda la pedagogía moderna está orientada a la educación de la personalidad y del carácter.

Al hombre debe educársele antes que instruirle. A la educación no debe concebirse únicamente como fomentadora del orden intelectual, sino, y principalmente, como educadora del hombre, desde el desarrollo psico-físico del ser individual hasta la formación del individuo vinculado a los valores objetivos de la cultura, es decir, hasta la formación de la persona. Filósofos y pensadores de la talla intelectual de Dilthey, Nietzsche, Paul de Lagarde, Langbehn, Simmel, Scheler, Winkler, Ortega y Gasset, Heidegger, Spranger y muchos otros, entendiéndolo así, han roto el estrecho radio de acción que la circunscribía hasta entonces, a preocupaciones meramente intelectuales.

A nuestro modo de ver el objeto de la educación moderna en su sentido más amplio es formar hombres; por lo cual debe atender primordialmente a la diversidad de los temperamentos y de los caracteres de cada sujeto, ya que esto influye poderosa y decisivamente en la desigualdad de las normas educativas.

Sabemos ya que una de las fuentes de educación la constituye el medio social, que influye notablemente en las formas generales y dominantes del pensar, sentir, actuar, querer y valorar de los individuos. Esta acción de los hechos, procesos e instituciones sociales en el psiquismo humano es e-

vidente; el hombre nace indiferente y puede asumir cualquier carácter, desarrollar cualquier tendencia, actualizar cualquier potencia, según las impresiones que reciba del mundo exterior. Si por un momento lo consideramos independientemente de la sociedad en que vive -lo que significaría abstraerlo de la realidad- parecería, pues, vida y sociedad se vinculan íntimamente: el hombre al margen de la sociedad es pura negación. Al no permitírsele cualquier forma de participación en la comunidad, se destruye lógicamente su interés personal y su iniciativa individual, se debilita su energía y se aniquila su carácter. No hay en la tierra seres humanos que vivan en completa soledad: los "Robinson" son productos de la fantasía. El hombre aislado no ha existido nunca, es mera hipótesis.

El gran defecto en que incurrió la psicología clásica fué la de separar marcadamente, al igual que al espíritu del cuerpo, al individuo de la sociedad, que constituyen un todo unitario.

El pensamiento filosófico del siglo XIX, eminentemente liberal, entendía los conceptos de social e individual como elementos opuestos, viendo a la sociedad con desconfianza, recelo y temor. Esto no es así, ya que bajo la atracción recíproca de estos dos aspectos del ser, se realiza la ley básica del desarrollo de la personalidad. No son entonces como vemos dos órdenes inconexos; sino que ambas en

tidades forman un continuo biológico, se complementan, se inspiran y mutuamente se enriquecen, al modo de aquellos dos crepúsculos verpertinos que se funden y penetran en el mismo cielo.

La influencia del medio social es pues decisiva en la evolución de la personalidad humana. Un ser cual - quiera sometido a la acción permanente de un orden de factores exteriores, sucumbe o se habitúa en él. El hombre sometido a la influencia de la vida social se habitúa a dicho medio, pues, tiene condiciones para ello; claro está, pasando previamente por el obligado crisol de las transformaciones sociales en el tiempo y en el espacio. Las manifestaciones individuales sólo pueden revelarse merced a las estructuras sociales. El sujeto para permanecer se adapta, y adaptándose se modifica. Al poner en juego su persona en el ambiente común a todos saca a relucir su yo social, constituido por el conjunto de ideas, actos y deberes que exige de nosotros la sociedad en cuyo ambiente vive, la cual tiene derecho a que cada uno de sus miembros le aporte sus mejores cualidades. La mejor manera de trabajar por la colectividad humana es propender al proprio perfeccionamiento por medio de la reeducación, como lo pregona el psicólogo Yung. De este modo, gracias a determinadas peculiaridades del carácter de los individuos, éstos pueden influir en los destinos de los pueblos. A veces, esta acción es incluso bastante considerable, pero tanto la posibilidad misma de esta influencia como sus proporciones son determina-

das por la organización de la sociedad y por la correlación de las fuerzas que en ella actúan. El carácter del individuo constituye un "factor" del desarrollo social sólo allí, entonces, y en el grado en que lo permiten las relaciones sociales. Se nos puede objetar que el grado de la influencia personal depende así mismo del talento del individuo. No lo negamos. Pero este talento sólo puede ponerlo de manifiesto cuando ocupa en la sociedad una situación a este efecto. Por tanto es la organización de la misma la que determina en cada época el papel e importancia que corresponde a los individuos según el talento de que estén dotados, de acuerdo con la estructura interna de la sociedad y su relación con las otras sociedades. Mediante la cultura del pensamiento y la reflexión sobre el destino humano llega el hombre a despertar el sentimiento de la individualidad y de la personalidad y a desarrollar la conciencia de sí mismo.

Toda comunidad es portadora de un contenido espiritual, de una tradición. El individuo no puede desarrollarse, desenvolverse sino a través de los bienes culturales que ésta le transmite. La sociedad tiene una gama variada de valores objetivos, supraindividuales y ante la influencia de este ambiente común, que puede ser favorable o adverso, el carácter reacciona en amplia escala de valores ideales.

La sociedad condiciona nuestros pensamientos y nuestros afectos. El sujeto, poco a poco, va incorpo-

rando a su manera particular de ser las cualidades de otras personas, a través de la vida familiar, escolar, social, profesional.

La organización familiar, hecho social básico, repercute intensamente en nuestros sentimientos y en nuestro desarrollo moral: es la familia -célula de la organización social- la que nos inspira el respeto a los antepasados, la solidaridad en los momentos difíciles, la simpatía al prójimo, en una palabra, las formas fundamentales de lo que se ha convenido en llamar el altruismo. La familia y la sociedad como vemos se completan mutuamente.

El hombre es absolutamente incapaz de vivir y de desarrollarse solo: el medio en que vive en su primera edad es la familia. No es verdaderamente libre en su formación ni en sus actos, porque de un lado depende de lo que el individuo es en sí mismo, y de otro de la sociedad en que milita, efectos a los cuales no puede sustraerse.

El hogar por ser el primer grupo social donde comienza a desenvolver sus facultades intelectuales, sentimentales y volitivas, juega un rol de indiscutible importancia en la formación de su idiosincracia. El niño nace en el hogar y en él se desarrolla y vive y como el fin fundamental de la educación consiste en ofrecer oportunidades a su desarrollo espiritual; ésta debe iniciarse allí, porque es donde recibe las primeras y más duraderas enseñanzas que ofrece la vida, y los ejemplos que

en el mismo se le proporcionen, han de ser forzosamente, los más perdurables. La primera y la principal escuela del carácter es el hogar familiar. Allí es donde todo ser humano recibe una buena o mala educación moral y donde se penetra de los principios que le informan. Por consiguiente, es en él donde actúan directamente y de modo definitivo e inmediato sobre el niño, los factores internos y externos, que contribuyen a moldear su carácter y formar su conciencia.

La doctrina del psicoanálisis y la "psicología individual de Alfred Adler" nos dicen de la enorme importancia que tiene el hogar y la primera educación en la formación de la personalidad. Considera Adler que en los cuatro o cinco primeros años se constituye el estilo de vida particular de cada individuo.

La moral del niño está impregnada del medio familiar, en el que el ejemplo tiene un enorme poder. El estilo de vida se forja en los primeros años y por consiguiente a la familia se debe el comienzo de la personalidad.

Es por ello que la educación debe comenzar cuando la actividad mental se inicia. El carácter debe ser educado desde la cuna: cada palabra deja una huella tal en la mentalidad infantil que es conveniente revestirla de moral a fin de que no sea un factor de envenenamiento espiritual. Como es bien sabido, la más poderosa influencia que sobre él se

ejerce, es la de la madre, y luego la del padre. Para el niño es bueno y loable todo lo que ve en los autores de sus días, razón por la que imitan la mayor parte de los actos que les ven realizar. Cuando el hogar no es bueno, bien por que los padres descuidan la atención de sus hijos, o les ponen de manifiesto repetidos actos poco edificantes, los hijos fruto de esos hogares, serán hombres sin personalidad ni carácter.

A esa clase de progenitores que descuidan la formación moral de sus hijos, Fabela les recuerda que "El niño es el amo del mundo, el hijo del amor y del dolor, el príncipe de los sueños paternales, el alma del porvenir, la esperanza de la Humanidad, la razón y el encanto de la vida, la vida misma que sale del nido para desplegar y batir sus alas... Ahí está frente a nosotros para pedirnos cuenta de su destino. Nació sin pedirlo y sin quererle: es obra nuestra".

La familia es la primera condición, por tan te, del orden social, el primer paso de la vida moral del hom bre y el motor de la actividad humana. La realidad va plasmán dole su peculiar y futura manera de ser. El factor más imper tante de la educación moral se encuentra en ella, y aquí la ma dre ejerce la mayor influencia. A la mujer, pues, incumbe una misión social muy importante, en cuanto es el eje del hogar, y ejerce una acción inmediata y directa en la educación de los hijos. Refiriéndose a la trascendencia que tiene la educación maternal en la formación espiritual del individuo se expresó

Chateaubriand, diciendo: "los hombres han de ser lo que las mujeres quieran que sean"; y alguien, que éste comprendió muy bien, dijo: "educar un hombre es formar un individuo, pero educar la mujer es formar las generaciones que están por venir".

El aporte de la madre en la educación del niño es pues constructivo y su eficiencia enorme y decisiva en la vida del hogar y de la sociedad. La importancia del hogar y en él la actuación normativa maternal frente a los toscos impulsos del niño nos llevan a admitir que la esencia de esta actividad es una relación entre los factores individuales y colectivos.

La escuela es la encargada de continuar modelando el carácter forjado ya en el hogar, con relación a la vida colectiva y a los principios básicos de su misma sustentación. En ella se enmarca el carácter en la esfera de asociación y se le disciplina para el esfuerzo que da como resultado la mayor capacidad personal. Es la que realiza la función de mediar entre el niño y los bienes de la cultura.

La escuela y la familia son los dos grandes ambientes que forman y moldean el carácter del niño, de aquí que el padre y el maestro no deben educar en forma divergente sino paralela. Esta doble acción educativa es de influencia moral decisiva; por cuanto, es en la edad temprana de la vida en donde se delinea la estructura moral y afectiva del hombre y lo determina a actuar en forma independiente, excitando su volun-

tad y abriéndole los ojos al mundo que lo rodea. Es en el hogar y en la escuela en donde se plasma la personalidad la personalidad del hombre y se cimentan sus bases morales.

Entre los revolucionarios de la educación del niño sobresale la doctora Montessori que innova el tradicional concepto que con criterio anacrónico lo consideraba como un simple ser viviente, sin carácter ni conocimiento con que iniciarse en la vida. El primer axioma de Montessori es que cada niño tiene ya un carácter y una conciencia dispuesta a funcionar con tal de que reciba el adecuado estímulo. No es el niño una amorfa porción de arcilla que con nuestras manos vamos a moldear en la forma que amorosamente imaginamos. El niño tiene ya su forma propia, su propia individualidad y sus propias energías potenciales que la educación debe venir a despertar según las sollicitaciones de la vida y a medida que las exigencias de su desenvolvimiento los va sollicitando.

El niño en la primera infancia está deseoso de despertar y comprender; algo más, procura e intenta agtuar. En este período de la vida se aprende principalmente en forma intuitiva y aceptando, sin crítica, las afirmaciones de los mayores, pero también se razona.

En el niño no solamente se debe ver una naturalidad física sino también su naturalidad psíquica. Montessori demuestra que con frecuencia los adultos impiden su desarrollo psíquico. Le imponen su patrón y se esfuerzan en o-

bligarle á amoldarse a él. Le construyen, le fabrican por decirlo así, un carácter sui-géneris. Absortos en su ritmo habitual no se dan cuenta de que la arquitectura infantil es totalmente distinta a la del hombre ya formado.

El individuo una vez salido de la escuela, y llegado a la edad adulta siente la necesidad de educarse a sí mismo para substraerse a la presión de la sociedad, que tiende a imponerle hábitos, creencias y aptitudes estereotipadas; siente el imperativo de organizar su vida con arreglo a ciertos ideales, libremente elegidos, de pensamiento y de conducta; quiere formar, en una palabra, su propia personalidad. El hombre que es una actividad, una energía viva, que tiende a desarrollarse, satisfaciendo esta necesidad de desenvolvimiento busca aquello que es favorable a la expresión de su psiquismo y a la expansión de su naturaleza y huye de lo que le es perjudicial; realizándose de esta forma esa labor de adaptación, del hombre a la vida por medio de la educación. De allí, pues, que la esfera de acción de ésta sea tan amplia, su influencia tan decisiva. Pero debemos educarnos no sólo desarrollando las cualidades que ennoblecen nuestra personalidad sino procurando amoldar y reformar aquellas tendencias desordenadas, sin ir directamente contra ellas sino tratando de encauzarlas o canalizarlas cuando se desvían.

El criterio de que los hombres no nacen, sino que se forman, permanece inalterable desde tiempos muy an-

tiguos. Los grandes maestros de la Humanidad así lo han entendido. Desde los albores de la historia humana se ha admirado al hombre de personalidad robusta, creadora y bien equilibrada, y en general se le ha considerado el tipo superior de humanidad, el resultado más alto y más perfecto a que puede aspirar la educación.

Así lo entiende el destacado representante de la corriente contemporánea denominada "pedagogía de la personalidad", Hugo Gaudin, quien ve en la personalidad la superación de la concepción individual y social de la vida, que comprende al individuo con todos sus poderes particulares y a la totalidad de los fenómenos culturales. Ese es el concepto de Gaudin, comentado favorablemente por Mantovani. La idea de personalidad, haciendo centro en cada uno de nosotros, nos conduce centripetamente, a lo más hondo de nuestra intimidad, y nos eleva, centrifugamente, por encima de nosotros, al reino de los valores, al mundo de la cultura. Aparecen así para este estudioso, de una parte el microcosmos del individuo, y por otra, el macrocosmos de la vida cultural. La relación de estas dos totalidades crea la personalidad, donde se conservan las fuerzas primarias del individuo y se recibe el influjo de diversas normas espirituales objetivas. Nuestro autor define el concepto de personalidad diciendo, "es el hombre poderoso por sí mismo, concentrando las fuerzas de su naturaleza para la realización del ideal de su individualidad, determinándose por sí mismo libremente en todos los dominios de la vida". Co

no es fácil advertir en las frases vertidas, en la personalidad se eleva la individualidad... llega el hombre a su verdadero ser, a la realización de lo que hay de valioso en él. Lo que él llega a ser es, con el auxilio de los demás, pero no por los demás sino por sí mismo... . Grandes personalidades son las que captan y aprehenden valores infinitos. El hombre no debe contentarse con vivir únicamente su vida, sino que debe elevarla. Ese es su destino. Esa es su finalidad. De aquí, que en lenguaje axiológico se le defina "por su sensibilidad para captar y su capacidad para realizar valores". Si el hombre no percibe un destino exterior, trascendente y supremo no le será posible rebasar su limitación humana.

El hombre es el único ser capaz de elevarse, mediante actos originados dentro de sí mismo, de su naturaleza original a su naturaleza ideal, la cual depende del equilibrio perfecto de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad, actuando armónicamente al mismo tiempo para la propia perfección. El conjunto de estos actos es lo que constituye la educación. La máxima aspiración de ésta es desenvolver la reflexión intelectual y la voluntad desde el comienzo de la vida del hombre y aplicarlas a la regulación de las facultades inferiores. Su finalidad es hacer de los hombres seres inteligentes y morales. Por ella se imprime un sello de perfeccionamiento en el individuo y se logra conseguir sean bien dirigidas las potencias del alma, a cuyo fin el individuo debe subordinarle todo y encaminarle al pleno desarrollo de sus fuerzas más valio-

sas, para que aprenda a descubrir, por sí mismo, el fin de su vida. "Educar es forjar la personalidad moral del hombre", según la valiente expresión de Dupanloup.

Todo ser humano crea su propio mundo y por lo tanto su vida moral está en función de la arquitectura que le imprima. Imaginémonos, aunque sea por un momento, el mundo caótico que construiría el niño, abandonado al azar de su "naturaleza original", sin reglas ni control; sería un mundo de fuertes impresiones, arreglado por el capricho de la pasión instintiva. Para evitar que tal cosa suceda es conveniente que sus facultades anímicas -en aras de su naturaleza ideal- se despierten lo más tempranamente posible; lo que se logra mediante una sólida y científica educación, la cual, repetimos, debe empezar desde la hora inicial.

Para impedir, pues, la creación de tales mundos caóticos es esencial que a las facultades primordiales del niño -inteligencia, sentimiento y voluntad- se les despierte y se les forme cuanto antes. En este período de la vida, reclaman la ayuda de personas capaces, que cual arquitectos trazan las líneas de su mundo futuro, mediante atención selectiva. El futuro no puede pertenecer a concepciones confusas e indefinidas y mucho menos considerarlo como un paisaje que mida según los caprichos de la imaginación.

La principal finalidad de la educación es la de proporcionar impresiones adecuadas al niño a fin de dar

le una tonalidad apropiada a su carácter, pero tropieza generalmente con dos grandes dificultades: con la presencia de impresiones caóticas y con la falta de fuerza de voluntad. De ahí que el venerable maestro Alejandro Doustua se expresara diciendo que "la educación consiste principalmente en la disciplina de la veluntad, aun cuando el pensamiento requiera también la disciplina del método para investigar la verdad; porque el carácter es forma de la voluntad que se adquiere con el concurso de todos los factores del espíritu".

La educación de la infancia desempeña pues, un papel de suma trascendencia en la formación espiritual del individuo y por ende de la sociedad entera. Durante esta faz de la educación se debe despertar sus sentimientos y guiarlos de acurdo con el verdadero valor de las cosas. Luego en la juventud, edad en que más fácilmente puede el hombre adquirir y asimilarse al caudal de conocimientos necesarios para realizar los fines, ya individuales o colectivos, toda vez que ella contribuye a arraigar los sentimientos de solidaridad humana.

Por último, debemos convenir de que no todos los caracteres son susceptibles del mismo influjo por parte de la educación. Produce gran efecto en los caracteres afectivos, emotivos, apasionados y apáticos, no así en los templados o equilibrados y su poder es casi nulo en los amorfos. La verdadera educación debe saber desgastar los ángulos y las asperezas de ellos. Es, pues, un elemento de importancia fundamental, ya

que a veces se enmascaran defectos, se acusan perfecciones o puede suceder que una insuficiencia sea el punto de partida de una superioridad contraria, correspondiente. Educar el carácter es desenvolver plenamente la personalidad, propendiendo al cultivo y dirección de la naturaleza y vida del hombre, elevando su psiquis a las más altas esferas de actividad volitiva, intelectual y sentimental. Asimismo, debe fortalecer y desarrollar vigorosamente su personalidad moral autónoma, a diestrándolo para la conquista de la vida. De aquí, que el "leitmotiv" de todo proceso educativo es este: El estímulo y la dirección del propio esfuerzo.

Insistiendo en la influencia que ejerce en la formación del carácter debemos sentar el principio de que al educar se debe respetar la individualidad, teniendo como fin principal preparar al sujeto a querer y a realizar en su vida la supremacía del espíritu, templando su alma para la lucha.

La educación, pues, como perfeccionamiento armónico de las facultades psicofísicas del hombre actúa en forma decisiva en la formación espiritual de éste, desde los primeros años de su vida, encauzando y desenvolviendo sus tendencias, orientando su conducta y fortaleciendo su personalidad. La educación que recibe cada individuo está en relación con el medio ambiente en el que se desarrolla socialmente; lo que da lugar a que el carácter varíe según el tipo de vida, ideales, valores y aptitudes de cada grupo o complejo social.

• • •

CONCLUSIONES

Resumiendo las ideas expuestas en este trabajo, indicaremos a continuación los puntos esenciales de la labor desarrollada, en cuya exposición hemos procurado, dentro de nuestras posibilidades, armonizar junto con la claridad la precisión. Al estudiar las variaciones determinadas por la edad, el sexo y la educación en la formación espiritual del indivíduo, creemos necesario analizar al ser humano partiendo desde su nacimiento, porque su constitución psico-física y el desarrollo de su multiforme actividad, determinan e influyen poderosamente en su conducta futura. El recién nacido lleva en sí un potencial de energía considerable que luego va a actualizarse, gracias a los estímulos del medio en que evoluciona y dentro del marco de los elementos condicionadores y modificadores de su psiquismo.

El desarrollo anímico del individuo en su evolución vital y psicológica no es el mismo durante todo el curso de su existencia; en cada edad de la vida posee una modalidad especial, pues, la transformación psicológica progresiva desde la etapa netamente infantil hasta la definitiva del adulto, es influida tanto por la inevitable mutación circunstanacial del ambiente que sucesivamente va rodeando al sujeto en sus distintas edades como por las transformaciones evolutivas físicas, ligadas principalmente a la aparición, incremento, o desaparición de diferentes funciones endocrinas que

determinan variantes notables en el carácter del individuo.

El ser humano según la época de su evolución y de acuerdo con su particular complejión psíquica concibe el mundo a su modo, pues, el espíritu humano no es un aspecto definido e inmutable. Toda edad determinada normalmente representa en la vida del sujeto un grado de desarrollo concreto y delimitado, tanto en lo físico como en lo psicológico, con predominio de un cierto género de intereses, en el que se adquieren sentimientos e ideas nuevas y en el que surge un mundo intelectual distinto, con nuevos deseos y nuevas tendencias, pero también con nuevas misiones que cumplir y nuevos deberes que ejecutar.

Estimando que el factor sexual ejerce un inmenso poder al arquitecturarse la personalidad humana, lo hemos estudiado en capítulo aparte; pues, somos del parecer, que el complejo y apasionante problema del sexo trasciende a toda la conducta del sujeto: impregna la totalidad del ser y es como la clave de la personalidad. Es una modalidad total, no sólo del cuerpo sino del espíritu; es la primera y más profunda de las diferencias individuales, y abarca en sí, en cierto modo, a todas las otras; imprime un sello indeleble a cada una de nuestras manifestaciones. No es posible, por lo tanto, separar la actividad sexual de un hombre, del resto de su personalidad.

Por último, sentamos el principio de que el factor educativo es esencial en la formación espiritual del individuo, puesto que tiene como misión cristalizar el caudal de posibilidades psicológicas que el niño trae al mundo, desarrollarlas y cultivarlas en una forma propia y personal, orientando su conducta y fortaleciendo su evolución, para encaminarlo así a la realización de los altos valores de la cultura cuando se haya convertido en un ser reflexivo y consciente. Educar el carácter es desenvolver plenamente la personalidad, adiestrando al individuo para la conquista de la vida, elevando su psiquis a las más altas esferas de la actividad intelectual, volitiva y sentimental, para que ocupe en la sociedad una situación relevante, ante la influencia de la cual, el carácter reacciona en amplia escala de valores ideales.

Lima, 16 de octubre de 1945.

[Firma manuscrita]

J. Ponce

J. H. Hinojosa

Lima, 5 de marzo de 1945

*Informe de actividades del Ponce
Pastoriza y planes.*

[Firma manuscrita]

BIBLIOGRAFIA

III
i

Psicología de la Edad Juvenil, Spranger.
Formas de Vida, Spranger.
La Psicología Individual y la Escuela, Adler.
Conocimiento del Hombre, Adler.
El Sentido de la Vida, Adler.
El Problema del Homosexualismo, Adler.
Psicología del Niño, Clapáredo.
Desenvolvimiento Mental en el Niño, Baldwin.
El Desarrollo del Espíritu en el Niño, Boldwing.
Psicología del Niño, Gaupp.
La Conciencia Sexual en el Niño, Goldsmith.
Psicología de la Vida Erótica, Freud.
Tres Contribuciones a la Teoría Sexual, Freud.
La Teoría de la Libido, Jellife.
Tres Ensayos sobre la Vida Sexual, Marañón.
Evolución de la Sexualidad, Marañón.
Estudios de Fisiopatología, Marañón.
Endocrinología, Marañón.
Evolución Sexual infantil, Szekely.
El Alma del Niño, Preyer.
Psicología Evolutiva del Niño y del Adolescente, Mira.
Psicología de la Adolescencia, Ponce.
Psicología de la Personalidad, Arévalo.
Formación Espiritual del Individuo, Delgado.
Introducción a la Psicología de la Vida Sexual, Wexberg.
Patología de las Funciones Sexuales, Ingenieros.
Psicología de los Sentimientos, Ribot.
Psicopatología, Jaspers.
Psiquiatría, Gouhle.
Psiquiatría, Roseufeld.
Tipos Psicológicos, Yung.

